

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 15 DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La Doctrina peligrosa

DESDE hace cerca de cuarenta años, cada Gobierno, en los Estados Unidos, tiene «su» Doctrina Monroe. Es decir, cada Gobierno—Cleveland, MacKinley, Roosevelt, Taft—se cree con el derecho de promulgar una nueva interpretación de la Doctrina. Woodrow Wilson llegó a promulgar dos, en el orden teórico, sin contar con las variaciones de sus actos en la práctica: una doctrina de «influencia moral» y otra de «no interferencia». No podía esperarse menos de aquella cabeza fecunda, de aquel espíritu brillante pero superficial, que tenía la inquietud de la ardilla y la variabilidad de la veleta.

La administración que comenzó en 1921 no había promulgado aún «su» Doctrina Monroe: se contentaba con dejar entender que aceptaba la tradición del Partido Republicano y, en general, los hechos consumados. Si se toma en consideración el carácter del Presidente Harding, su ningún deseo ni aptitud para la originalidad intelectual o moral, se comprende que así haya ocurrido. Ahora, apenas muerto Harding, el nuevo Presidente, Coolidge, republicano del tipo estrictamente apegado a las tradiciones del imperialismo capitalista, autoriza al Secretario Hughes a promulgar la nueva «Doctrina Monroe»: así lo ha hecho el Secretario en su discurso pronunciado en Minneápolis el 30 de agosto. Tienen significación el lugar y la fecha, sobre todo la fecha: Minneápolis es el centro de una región donde se hacen ensayos de política avanzada, es una de las primeras ciudades norteamericanas que se han atrevido a elegir un ayuntamiento socialista; y el día 30 fué la víspera del reconocimiento del actual Gobierno mexicano.

Esta «nueva doctrina» no es tan nueva como peligrosa. Con aquella impávida incapacidad, típica de las «interesadas» inteligencias setentrionales, para percibir contradicciones flagrantes, el Secretario Hughes declara que los Estados Unidos no pretenden ejercer el derecho de intervenir en los asuntos de la América latina, pero intervendrán cada vez que les

convenga. Hay que recordar aquel admirable «encabezado» de un diario alemán durante la Gran Guerra, citado por Jacques Rivière: una barca noruega había sido atacada y hundida por submarinos alemanes, y en el naufragio habían perecido quince o veinte hombres y se habían salvado siete; el periódico daba la noticia íntegra, sin atenuaciones, pero el encabezado decía: «Siete noruegos salvados».

Así, el discurso de Hughes está tejido de afirmaciones teóricas contradictorias luego por afirmaciones particulares, concretas. La Doctrina Monroe, declara el Secretario de Estado, es meramente defensiva (y, en verdad, así la pensó el Gobierno de Monroe); al defender a la América latina, los Estados Unidos sólo quieren defenderse a sí mismos. Ya es mucho que se haya pensado en volver a las originarias limitaciones de la Doctrina. Pero se engañaría el que esperara

de los republicanos tradicionalistas una declaración amplia de principios de justicia modernos, siquiera como los que con tan escasa realidad cuanto buena literatura lanzaba Wilson, siquiera como los estallidos generosos que a veces se le escapaban a Roosevelt, «monstruo de la naturaleza» cuyos instintos se debatían entre las redes del «republicanismo».

Apenas limitada la Doctrina a su círculo originario, el portavoz del Gobierno defiende la declaración, hecha por el Senado de los Estados Unidos, en 1912, de derechos potenciales con relación a la Bahía Magdalena (en vista de unos hipotéticos tratados extranjeros que pudieran afectarla) y proclama el derecho de su nación sobre el Canal de Panamá y sobre cualquier otro canal entre el Atlántico y el Pacífico, como si los territorios que esos canales atravesasen fueran propiedad del Gobierno de Washington.

Donde la contradicción entre las afirmaciones generales y las particula-

(Pasa a la página 51).

El Cipango y la Antilia

(UNA CONTROVERSIA EN EL MAR)

UN día de octubre de 1492, Martín Alonso Pinzón, que navegaba en la *Pinta*, hace sofrenar el vuelo de su nave, espera que le dé alcance la *Santa María* en que bogaba Colón, y lo llama a su lado para conferenciar con él, a solas y sin testigos. La conversación que tuvieron trastorna completamente las ideas recibidas. Se trata del Japón y de Haití—, del Cipango y de la Antilia. Escuchemos:

—Andáis empeñado, Cristóbal, en descubrir una tierra nueva, y de aquí que vuestros planes hayan encontrado tan escaso crédito junto a los monarcas y los sabios, a quienes casi ha habido que violentar para llegar al término a que hemos llegado. Yo bien entiendo que queréis hablar de la Antilia, por más que no la nombréis nunca para no ahuyentar a la gente o por no

vender vuestro secreto. Pero vuestra tierra nueva, vuestra soñada Antilia, no existe. Eso lo habéis sacado de las desmañadas historias que os cuenta la gente marinera, y tal vez de los papeles de vuestro suegro, que escondéis celosamente como un tesoro. ¡Cómo se ve que sois nuevo en el oficio, y que antes de vuestra llegada a Portugal no os habíais ocupado nada de estas ciencias! Hijo de tejedores genoveses, tejedor vos mismo hasta los veintidós años, no lleváis como yo, en la sangre y por larga herencia de familia, el arte de marear. Todavía se os engaña como a los niños con fábulas de vieja cuentera. Si en lugar de vuestros planes fantásticos hubieseis propuesto, como yo os lo he explicado después, el descubrimiento de la nueva ruta para Cipango—esa isla cuajada de oro que está a la

parte de las Indias Orientales, y a la que tenemos de llegar navegando siempre al Occidente, si mis noticias no me engañan—, yo cuido que hubierais encontrado más pronto la salida de vuestras esperanzas.

—Martín: vos solamente podéis hablarme en tono de consejo, porque os reconozco por maestro navegante y amigo leal. No soy, en efecto, hijo de marinos de varias generaciones, sino hijo de comerciantes humildes. Ni soy corso, ni judío español, como quiere ya la voz de la plaza. Yo os he revelado a vos muy en secreto, puesto que sois mi mejor amigo en este mundo y compartís conmigo los azares y las tormentas, cómo esos almirantes Colombos, de cuyo parentesco suelo preciarme ante la gente que necesita comenzar por ser engañada para después dar crédito a la verdad, no son parientes míos, ni Colombos más que por apodo, y ni siquiera italianos: aquél, Jorge de Bissipat, es griego; éste, Guillermo de Casenove, es francés. Con ninguno de ellos he navegado, ni servido a las órdenes del Rey René. Tampoco tengo yo nada con los buenos Condes lombardos de Plasencia. Y es cierto que mi juventud la pasé, sin estudios en Pavía ni en parte alguna, pegado al telar de mis padres, pues heredar el oficio es toda la sabiduría de los pobres. Y es cierto también que, a no haber salido para Inglaterra con un cargamento de telas y mercaderías genovesas—, donde primero encontré el naufragio, y luego el refugio en Portugal—, ni me hubiera casado con la hija de Perestrello, ni podido hurgar en esos papeles que vos decís. Aunque os consta que, si bien aparento alguna mayor erudición por ganar la confianza de esos señores doctores que se pagan tanto de citas y escolios, os consta, digo, que escarbo con ahinco y estudio en algunos libros de mucha enseñanza, como la *Imago Mundi*, del Cardenal Ailly, la *Historice Rerum*, de Pío II, y el Marco Polo, de cuya lectura continua vivo desvelado y como ardoroso... Pero no sea Martín Alonso, hombre que conoce por trato propio tantas cosas del mundo, quien venga a tacharme de desigual para estas empresas; pues sabéis que muy grandes hechos tienen humilde origen, y que hace más un querer constante que un mucho contemplar. Yo de los estudios me valgo hasta donde puedo; pero entiendo que, a los hombres como yo, y no a ellos, toca el luchar con novedades en tierra y mar, y el sufrir para hacer conocido lo que es ignoto. Ya lo sabéis bien, y a vos lo confieso aunque a otros lo niegue: yo no soy capaz de medir un grado terrestre sin trocar y trabucar los cálculos, pero soy quien descubrirá

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

la Antilia, a despecho de su poca mecánica.

—Bien veis que comparto vuestra suerte, y correspondo con la mía vuestra confianza. Pero esa Antilia ¿por dónde nos vino ni de qué?

—Yo os diré otra vez lo que tanto he dicho ya al mundo. Aquellos papeles, mis noticias cuando hice el corto viaje a Guinea, la conversación de prácticos, y esos libros que he revuelto tanto ¿son poca información? ¿De qué otra manera se adquieren las noticias? ¿De qué otro modo descubrieron a Porto Santo y Madera? Yo os digo que al Occidente de las islas Canarias y del Cabo Verde hay todavía mucha tierra por descubrir, y que aquí daremos con la Antilia, donde en otro tiempo se refugiaban los portugueses perseguidos, la isla de las Siete Ciudades que ponen las antiguas cartas y el globo de Behaim. Ya conocéis la deslealtad que tuvo conmigo el rey Don Juan: no lo descabellado de mi empresa, que no la tenía por tal, sino el precio que yo puse a mi empresa, le hacía dilatar su cumplimiento. Y, entre tanto, por robarme lo mío, mandaba una expedición secreta a descubrir la tierra nueva... ¡Y así os asombra que no haya yo querido nombrar la Antilia antes de ahora, y que esconda tanto mis papeles y cálculos! Aquí estamos solos ante Dios, entre el mar y el cielo, y os hablo a corazón descubierto. Estamos en trance de probar verdades. Yo aquí os lo puedo decir todo. Teive, no lo ignoráis acaso, anduvo a ciento cincuenta leguas de Fayal, y estaba seguro de haber oído tierra ignota al Poniente. Otro cree que la columbró más allá de Irlanda. Finalmente, cuando Vázquez de la Frontera navegó en servicio de Portugal, estuvo a pique de descubrir la misma Antilia o Antilla que yo busco. ¿Y sabéis por qué se detuvo? Pues por esos bancos de sargazo que tanto han dificultado nuestra ruta. Os digo,

pues, que por aquí vamos a la Antilia, tierra nueva. Vos me objetáis que por aquí se llega al Cipango, que está a la parte de las Indias Orientales. Y yo, a mi vez, os pregunto ahora: ¿de dónde nos vino ese Cipango?

—No ignoráis, Cristóbal, lo mucho que del Cipango se ha escrito; y que, cuando precisamente los Padres de la Rábida os propusieron que tratarais conmigo, tuvisteis que esperar mi regreso de Roma, adonde, entre lucros de comercio que siempre es bueno adelantar, yo adquiría noticias del Cipango con un sabio de la Biblioteca Vaticana. También os confieso que mis informaciones tocaban, de paso, no sé qué islas nuevas que habían de salirme al encuentro, y entre ellas puede estar vuestra Antilia. ¡Pues por eso nos hemos puesto al cabo de acuerdo! Y por eso yo os prometí daros los medios materiales de la empresa (harto sabéis que no hay que fiar de señores, aun cuando se llamen de Medinaceli o de más arriba) a cambio de que me ofrecierais continuar el viaje hasta el Cipango.

—Y por eso, Martín, al mismo tiempo que pedí ser nombrado Virrey de las nuevas tierras por descubrir, consentí en traer conmigo, a fin de dejaros complacido, la Carta del Rey al Gran Can de la India, por si en efecto llegamos a la India.

—Y por eso, Cristóbal, yo os dije que si más hubierais tardado en hablar conmigo, yo solo me hubiera hecho a la mar. Que ya tenía anotadas y bien notadas las cartas del Pizzigano (1367), de Beccaria (1435), de Bianco (1436), de Pareto (1455), de Benincasa (1482), donde todas esas islas figuran. Y os repito que antes os hubierais salido con la empresa (aparte de que los moros tuvieran a la Corte ocupada en otro negocio) si, en lugar de prometer nuevas tierras—de las que tenéis costumbre de hablar como si las trajerais guardadas en un cajón—hubierais prometido nuevos y más cortos caminos hacia las riquezas ya conocidas.

—Y por eso, Martín, habéis tomado sobre vos el trabajo de contratar la gente y armar la expedición en Palos; que a mí, como extraño, no me daban oídos. Y no por miedo al Mar Tenebroso, que estaba bueno para asustar a los del tiempo de don Enrique, sino por lo poco que me creían, no querían salir al mar.

—Y también, Cristóbal, porque sospechaban que ibais en busca de la Antilia, y ya en esas buscas se habían perdido dos portugueses, y esto lo sabían los de Palos. Fué entonces cuando mi familia y hermanos vinieron en vuestro auxilio. Y yo tuve que convencer a la gente de que íbamos a Cipango, no a la Antilia, y ofrecerles

que encontraríamos casas con tejados de oro, como en verdad lo espero. Pero ahora, entre vos y yo, os reconvengo. Ya sabéis que soy vuestro y leal, que no pienso poner a cobro los favores que confesáis vos mismo, y que donde hay testigos os hablo siempre como conviene al mejor gobierno del Rey, de quien al fin sois persona. Desde que salimos al mar venimos de tropiezo en tropiezo, y todo por seguir vos en en vuestra ceguera de la Antilia. Ordenasteis navegar a la altura del paralelo 28º, y así se ha hecho. El día 17 de setiembre, a unas cuatrocientas leguas de las Canarias, me hicisteis buscar no sé qué isla que no existe: alguna patrafia más del Perestrello y sus famosos papeles. Después cruzamos ese mar de sargazos de que os hablaba Vázquez de la Frontera, y por el 24 de setiembre (consultad, si no, vuestro diario) nuevamente fracasamos en la esperanza de encontrar las islas desconocidas. Llegamos por fin, entre el 4 y el 5 de octubre, al límite de las 750 leguas donde, en un extremo de entusiasmo, ofrecisteis a la gente que hallaríais tierra. Y... ya conocéis el resultado. Perdonadme que os lo recuerde: si yo no intervengo, los hombres de la *Santa María*, ya desesperados, acaban con vos y con vuestros planes ambiciosos. La gente teme ya navegar sin fin, temiendo que el mismo viento que nos favorece hasta ahora, impida el regreso. Y yo tengo que repetir a diario que no habrá Palos si no hay Cipango, y que yo no regreso sin la tierra de que traigo demanda. Al fin, el 7 de octubre, he logrado de vos que abandonemos vuestra soñada Antilia por mi Cipango, y, apartándonos del paralelo 28º, hemos declinado al sudoeste... y ya lo veis bien por el indicio de las aves: la tierra no está lejana: es mi Cipango.

—Si es mi Antilia o es vuestro Cipango, ya no lo sé yo mismo. Yo he pensado que la tierra nueva que busco, y que es tan larga que se extiende desde la Tramontaña hasta el Mediodía, bien puede encontrarse, a pesar de esta desviación al sudoeste...

—Señor: no continuéis, que os tomarían por loco. Marco Polo, a quien habéis estudiado, dice que el Cipango se halla a 1.500 lis de las costas de las Indias, lo cual nos promete que el Cipango no está lejano. Señor: rendíos a la verdad...

—Bien, amigo mío: haya tierra, y sea la que fuere. Yo acá, para mí, no puedo con mis imaginaciones y sueños... Yo veo una inmensa tierra nueva. Pero sea, buen Martín Alonso, sea: yo tendré prevenida la Carta para el Gran Can de la India, y guardaré en el secreto mi nombramiento de Virrey de las tierras nuevas. Soy, pues, un embajador que llega, por un camino

desusado, a una tierra ya practicada. ¿Qué decís a esto?

—Que es tan cierto y claro como el oro de esa cadena que os pasó al cuello doña Felipa Monís Perestrello.

—¡Dios me perdone, amigo Martín! Cuando yo pasé esta cadena ya doña Felipa no existía. Esta cadena me la colgó al cuello aquella mujer cordobesa.

—¿Cuál?

—Aquella: ya os lo he contado... Se llamaba Beatriz Enríquez. ¡Dios me perdone, amigo Martín!

Aquí se produce un tumulto, se oyen voces, e irrumpen en el camarote,

atropelladamente, el cosmógrafo Juan de la Cosa, capitán y dueño de la *Santa María*, con los dos pilotos Bartolomé Roldán y Sancho Ruiz; los pilotos de la *Pinta*, Francisco Martín Pinzón y Cristóbal García Sarmiento; y el capitán de la *Niña*, el joven Vicente Yañez Pinzón, seguido de su piloto Pero Niño.—Y Martín Alonso:

—No digáis nada, señores, que todo lo veo pintado en vuestros rostros. Don Cristóbal, señor Almirante, esto es que habéis dado con la tierra, y habéis descubierto por el Poniente el camino para las Indias Orientales que ofrecisteis al mundo.

ALFONSO REYES

La Doctrina peligrosa...

res llega al máximo en el discurso, es donde se refiere a las Antillas. ¿Qué razones de defensa obligaban a los Estados Unidos a intervenir en Cuba (después de 1898), en Santo Domingo, en Haití? ¿Quién los amenazaba allí? El Secretario de Estado dice, por ejemplo, que el desembarco de tropas en Santo Domingo, el año de 1916, tuvo por objeto «proteger las vidas de los extranjeros»: falsedad comparable a la de otro Secretario de Estado, Colby, quien se atrevió a afirmar en la Argentina (afortunadamente hubo quienes lo contradijeran en público, cosa que él de seguro no esperaba) que el Gobierno de Santo Domingo había pedido la intervención. ¿Hay en los archivos del Departamento de Estado a cargo de Hughes una sola reclamación, una *siquiera*, por la vida de algún norteamericano que haya sido víctima de las revoluciones en Santo Domingo, antes de la intervención? Y ¿cuándo dejó Santo Domingo de pagar su deuda exterior, cuestión que tanto interesa a los republicanos? El ataque contra Haití, en seguida, es despiadado. Admitamos que Haití sea punto menos que salvaje: ¿es que la inferioridad de civilización da a los que se creen más civilizados, derecho de intervenir? Si así fuere, ¿por qué negar las antiguas pretensiones de Alemania, o las modernas de Francia o de Inglaterra, a ocupar cuanto territorio les viniere en gana? Y—como tuve ocasión de decir en conferencia pública, en 1921, precisamente en Minneápolis,—si Washington se cree en el deber de «civilizar» a Haití ¿por qué no civiliza primero el Estado de Georgia, por ejemplo?

No: estas pretensiones «paternalis-

tas» no pueden engañar más que al infantilismo mental del público que se nutre del *New York Times* y de la *Chicago Tribune*. En la América Latina, nadie se engaña, (véanse los comentarios que recibe el discurso de Hughes en *La Nación* de Buenos Aires) en los mismos Estados Unidos, comprenden la verdad los numerosos lectores de publicaciones generosas e inteligentes como *The Freeman* y *The Nation*.

Si Washington «civiliza» la República de Haití y no civiliza el Estado de Georgia o el de Alabama, es porque en Haití le urge asegurar el predominio del capital norteamericano mientras que en Georgia o Alabama el predominio está bien asegurado.

Hacia el final del discurso, Hughes se quita la máscara, como el enmascarado que, en momento de inadvertencia, descubre la cara porque hace mucho calor. Al llegar a los problemas de Centro América, declara que los Estados Unidos tienen el deber y el derecho de proteger el capital norteamericano.

En resumen: el discurso exhibe al desnudo las nociones de capitalismo imperialista que dominan en el Partido Republicano. Tanto más desnuda queda la tendencia cuanto más cree el orador estar enunciando ideas justicieras: su criterio es impermeable a la ideología política y económica que caracteriza al nuevo siglo, a las aspiraciones generosas que flotan en el ambiente de su propio país.

Como prelude de centenario, el discurso es de toda oportunidad. El día 2 de diciembre de 1923 se cumplen cien años de la proclamación de la Doctrina Monroe.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

(El Mundo, México, D. F.)

La conservación de la Raza⁽¹⁾

Jóvenes:

El objeto de nuestra reunión es celebrar «El Día de la Raza», y, se sobre entiende, de nuestra Raza. Pero ¿qué significa esta palabra y por qué hay que celebrar algo en su nombre? Nuestra raza no se limita, por supuesto, al pueblo de Costa Rica; ella abarca a todos los de habla española en Europa o en América.

¿Pero forman todos estos pueblos en realidad una sola raza, una raza antropológicamente hablando, es decir, una variedad especial del género humano? ¿O son en su conjunto siquiera una raza etnográfica, una unidad en lengua, en costumbres y de un solo origen? ¿No estaremos más bien frente a un conglomerado de pueblos, un cuadro caleidoscópico de elementos raciales provenientes de todos los confines del mundo? ¿No cabría decir entonces que estamos hoy celebrando no sólo nuestras glorias sino las de la humanidad entera?

Allá en el Sur del continente europeo estuvo la cuna de nuestros primitivos antepasados, en aquella gloriosa península que parece el dedo de Europa señalando con insistencia, cual lo hiciera el terco Colón, hacia mundos desconocidos que luego descubriera; que cerraba la única puerta de entrada que al mar de la antigua civilización conducía y la única salida que habrían de tomar todos los pueblos mediterráneos que intentaron echar su mirada ávida y escudriñadora hacia lo ignoto, hacia las misteriosas soledades del Atlántico; el puente para los pueblos que, estrujados en la populosa y aventajada Europa, se vieran forzados a derramarse sobre las cálidas llanuras africanas o a la inversa, para los pueblos salvajes del Africa atraídos por los tesoros de la envidiada y codiciada región del norte. Por ese puente y esa puerta tuvieron que marchar todos los pueblos del mundo entonces conocido, y ese torbellino de razas pasó al lado de nuestra cuna y no sin dejar su huella. Allí, nos dice la leyenda, habitaban los ignorados iberos que pronto hubieron de amalgamarse con los intrusos y rudos celtas provenientes del norte y forman la raza celtíbera, de la cual sean tal vez los vascos sus últimos restos. No faltaron luego ocasionales mezclas con griegos, fenicios y africanos. No tardó en llamar a las puertas de la península, donde dormitaba un pueblo indolente, la deslum-

brante civilización romana trayendo tras su estandarte, las costumbres y el idioma latinos y, con su largo dominio y su convivencia, estampando para siempre a la raza hispana el sello de pueblo latino; allí nació nuestra habla, allí surgió nuestra civilización, ambos como resultante de la amalgama celtíbera y latina.

La decadencia del Imperio romano trajo al pueblo hispano nueva savia con la invasión de los germanos; con los godos y los vándalos se estableció en España la monarquía hereditaria, el feudalismo y la religión cristiana, imprimiéndole un nuevo carácter. Pasan los tiempos y de nuevo una ola invasora, esta vez proviniendo del Africa, pero de origen asiático, inunda el suelo de nuestros mayores: los árabes modifican y enriquecen el idioma y alteran las costumbres y aun el temperamento de los españoles. Tras largos cinco siglos de vasallaje, el invasor es obligado a retirarse y desaparece, pero su sello queda profundamente grabado en el pueblo hispano y su sangre aun corriendo en nuestras venas.

Así se formó la raza española, mezcla armónica de iberos, celtas, romanos y germanos y con no pocas trazas de sangre griega, fenicia, africana y aun de hebrea y gitana. Pero aun no hemos concluido. El inspirado Cristóbal Colón, al golpe de su vara mágica hace surgir del misterioso Atlántico un nuevo continente, sobre el que se dirige impetuoso el torrente de sangre española y se cruza con la del indio selvático formando una nueva raza: la indo española; y ésta misma, en lo sucesivo ha admitido continuamente nuevas y repetidas inyecciones de sangres extrañas: italianos, africanos, anglo-sajones y germanos aportan de continuo nuevos contingentes de sangre fecundadora.

Y ante este hecho de estar formado el pueblo indo-español de tantas razas antropológicas y étnicas como raíces tiene un gigantesco encino, renuevo mi pregunta: ¿es esto una raza y pretende ser una unidad en el concierto de los pueblos y celebrar glorias propias? Y sin embargo: no puede existir una sinfonía con sólo un instrumento, ni pincel que pueda trazar un cuadro de un solo color. La naturaleza nos brinda constantemente ejemplos del hecho que todas las unidades naturales se forman de otras unidades inferiores y de que, al unirse éstas, hacen surgir propiedades que a los componentes eran desconocidas, cualidades propias y exclusivas del conjunto ar-

mónico y organizado en unidad superior.

Electrones forman átomos, átomos de hidrógeno y oxígeno forman moléculas de agua que en nada se parecen a sus componentes y que reunidas luego con otras moléculas orgánicas se complican más y más hasta formar materia viviente y con ésta crear la célula.

Millones de células se asocian y constituyen plantas y animales en innumerables formas diversas; hombres y hombres se juntan, se asocian y hacen surgir familias, tribus, naciones y aun confederaciones de pueblos; los mismos astros se subordinan en sistemas solares. Y en todas partes vemos la formación de nuevas unidades reales y efectivas porque sus manifestaciones son cada vez nuevas, propias del conjunto, exclusivas de éste, y le imprimen su carácter. Así mismo todas las razas civilizadas y no civilizadas de la Tierra, no son más que productos de mezclas sucesivas, pero armónicas y consolidadas, de elementos acarreados de todas partes: Buena prueba de ello es la potente raza anglo-americana que, si bien está constituida por todos los elementos más heterogéneos del globo, no por eso carece de unidad y fuerza, de un carácter propio y nacional que le imprime el espíritu típico que reina en aquella región. En cambio, razas unitarias por su origen, como la china, han degenerado por falta de los cruzamientos fecundadores.

En la variedad está el gusto, dice el refrán popular; la naturaleza sigue más bien como norma la regla de: unidad en la variedad, o, como dice el yanqui: *e pluribus unum*, de muchos uno solo. Esto nos indica que la belleza, la armonía, la eficiencia, el éxito, en una palabra, el buen fruto no está ni en la rígida unificación ni en la variedad desenfrenada, sino en que diversos factores se reúnan y se fundan en un conjunto armónico, como los instrumentos de una orquesta o los diversos colores de un cuadro. Pero en todo esto debe haber una norma, un factor dirigente que haga converger los demás factores subordinados en una misma dirección, todos los esfuerzos hacia el mismo fin.

¿Y cuáles son los maravillosos elementos unificadores que realizarán el milagro de reunir en una sola unidad armónica todos los tan variados factores raciales que constituyen hoy nuestra raza y fundirlos hasta forjar con ellos una verdadera unidad étnica? Ellos son en primer lugar el espíritu español y luego el idioma castellano, lazos estrechos que mantienen unidos a españoles y argentinos, a chilenos y mexicanos y a todos los muchos pueblos de nuestra América hispana, al

(1) Discurso leído a los estudiantes del Colegio de Cartago en octubre de 1920, con motivo de la Fiesta de la Raza.

parecer tan distintos, en realidad fuertemente unidos por la argamasa del lenguaje, de la religión, de las costumbres y del mismo temperamento, rasgos que son iguales en todos ellos.

La dirección suprema corresponde, pues, a la nación que ha realizado y mantendrá en el futuro la unidad en la variedad de nuestra raza, a España que nos dió el ser, la creadora de nuestro hermoso y varonil idioma, la descubridora de nuestro suelo, la fundadora de nuestras nacionalidades y que con su propia sangre nutrió a estos sus hijos; a ella corresponde el papel director en el concierto de estos pueblos por su larga vida y gran experiencia, por su gloriosa historia y sus hermosas y caballerescas tradiciones de valor e hidalguía, por su brillante actuación en el mundo de las letras, ya que no sin razón se ha dicho que la literatura es el supremo exponente de la civilización de un pueblo, y en este terreno ha sido España la maestra de muchas naciones del mundo; en una palabra, porque España es el espíritu, el alma de nuestra raza. Es por esto, jóvenes, que, al festejar hoy, el día en que España descubrió con Colón este continente, el día de nuestra raza, tenemos que empezar por glorificar a la Madre Patria, con lo cual nos hemos de honrar a nosotros mismos. Y al sentirnos todos los pueblos de América reunidos en un mismo regazo materno, sentiremos también que no estamos solos y disgregados, que formamos realmente una sola entidad, fuerte y respetable en su unidad.

Y esto es hoy más que nunca de perentoria necesidad. Nuestro horizonte está nublado, tormentas parecen acercarse y poner en riesgo nuestra unidad. En el ambiente de tremenda lucha por la existencia que hoy se manifiesta entre tantas otras unidades raciales y de sus apetitos por poseer exclusivamente la Tierra y hacer que su raza sea la única en este mundo, la nuestra se ve amenazada por otras más egoístas y menos hidalgas. Otro idioma, otra religión, otras costumbres y hasta otro temperamento se nos pretende imponer, borrando así de la faz de la Tierra el alma española, el alma nuestra.

Los jóvenes que hoy se levantan son los encargados de defender ante crueles enemigos esas magníficas tradiciones que hasta hoy han constituido el alma de nuestra raza. Sed fuertes, sed caballeros sin tacha y sin miedo; levantad muy en alto vuestro propio espíritu, el espíritu español, del que podéis estar bien orgullosos. Adheríos fuertemente al espíritu de esta raza, que él probablemente os podrá dar el triunfo. Pero si éste estuviese por encima de vuestras fuerzas, que al me-

nos el enemigo os encuentre de pie, cual conviene a un descendiente de hidalgos españoles, y nunca de rodillas entregando las nobles armas de vuestros antepasados a cambio de falaces promesas de un engañoso bienestar material. ¿Qué sería para vosotros el más lujoso palacio si en él no habría de reinar vuestro espíritu, el de nuestros mayores, sino un espíritu intruso y extraño, para vosotros eternamente

incomprensible por no ser el vuestro? No aceptéis nunca la más vergonzosa de todas las servidumbres, la que no esclaviza el cuerpo sino el alma, la que niega al hombre hasta el derecho de pensar y hablar como sus abuelos y lo obliga a renegar de su propia sangre y a abjurar de su más caro tesoro: del lenguaje que aprendió a balbucear tomándolo de los labios de su madre!

V. LACHNER SANDOVAL

Política educacional del Presidente Alessandri

ANTES que el señor Alessandri llegara a la Moneda no había existido en Chile ninguna política educacional; en esto, como en casi todos los órdenes de la administración pública, marchábamos a la bolina, sin rumbo fijo, sin plan determinado, sin propósito firme, sin saber si estábamos sirviendo a los grandes ideales de la Patria o si estábamos preparando su ruina.

El señor Alessandri ha cambiado rumbos en esta materia; se ha trazado una bien meditada política educacional y ha resuelto realizar sus propósitos. No quiere él que la más poderosa palanca del progreso nacional, la educación, se enmohezca y deje de realizar la obra trascendental que le está encomendada: la formación del alma nacional; la preparación del ciudadano que reclama la patria y la época en que vivimos; el ciudadano que tenga los conocimientos, las aptitudes y los ideales que hacen al individuo útil a sí mismo, a la familia y a la Patria; capaz de contribuir con su preparación y con su esfuerzo al engrandecimiento material y moral de la República.

El Mensaje Presidencial, leído ante las Cámaras el 1º de junio es una manifestación elocuente del claro concepto que tiene el señor Alessandri de sus deberes de mandatario ante las necesidades de nuestra educación pública.

El Presidente Sr. Alessandri, cumpliendo un mandato constitucional, quiere que haya en Chile una Superintendencia General de Educación Nacional, y no existiendo sino una sola entidad técnica creada por la ley para dirigir la enseñanza del país, el Consejo de Instrucción Pública, desea dotarlo de la suma de atribuciones que le den aquel carácter, pero desea que esta suma de poderes vaya aparejada con una reforma completa en la organización del Consejo. Ha comenzado por poner los liceos de niñas bajo la tuición de esa corporación universitaria y se propone hacer otro tanto con los Institutos Comerciales y

todos los establecimientos de enseñanza especial.

La reforma del Consejo de Instrucción Pública, que será materia de una ley, deberá hacer que la Superintendencia abarque todas las ramas de la enseñanza; que mantengan relaciones legales con el Consejo de Educación Primaria; que cuente en su seno con representantes en servicio activo del profesorado, y en algunos determinados casos, de los alumnos de las facultades universitarias; que pueda renovarse con facilidad, de modo que siempre haya en él una corriente de ideas jóvenes, atentas al progreso de la ciencia pedagógica y a los ecos de la opinión pública, y que esté sobre todo, lejos de las influencias políticas de cualquier especie, emanen ellas de la mayoría o de la oposición.

«La tarea de educar al pueblo y a las generaciones venideras no puede ser el botín de luchas políticas, de odios fanáticos ni de enconos sectarios. Tal como las diferencias domésticas apaciguan y se velan en presencia de los hijos y para bien de ellos, asimismo en la República, las querellas partidaristas deben enmudecer cuando está en tela de juicio el porvenir de los hijos todos de nuestra nación. Hagamos para la enseñanza una unión sagrada. Alejémosla de todo sectarismo, respetemos en ella todas las opiniones respetables y démosle a los niños de mañana, pobres o ricos, varones o niñas, la mejor enseñanza, los mejores ejemplos, los mejores maestros de que Chile sea capaz».

«La educación no debe formar prosélitos de ninguna confesión religiosa o partidarista: su misión es formar ciudadanos».

Quiere el Presidente que se establezca la debida correlación entre la enseñanza primaria y la secundaria.

Está próxima a cumplirse la ley que suprime las preparatorias y aún no se estudian los organismos que han de reemplazarlas ni se aprueban los programas que establezcan la continuidad de los estudios.

«El Gobierno, dijo el Presidente, se ha preocupado de estos problemas, y ya a fines de 1921, después de haber pedido su concurso al Consejo de Instrucción Pública, se dictó un decreto gubernativo por el cual se nombraba una comisión para que presentara un plan completo de reforma educacional que, sometido a la revisión y aprobación de las autoridades respectivas, sirviera de norma para orientar la enseñanza general en nuestro país.

»Por razones que no es del caso enunciar, la comisión no ha encontrado ambiente favorable en los mismos organismos que deben cooperar en ella, pero estas circunstancias no aminoran en mi espíritu el deseo vehemente y la firme resolución de continuar aplicando mis mejores energías a la obra de reforma tan claramente exigida por la opinión pública.

»Educar no es sólo instruir; educar importa tomar al hombre en el conjunto de sus facultades físicas, morales e intelectuales, para desarrollarlas hasta su plenitud en una perfecta armonía.

»Precisa pues, reformar los métodos de enseñanza, hacerlos activos, en la amplia acepción de la palabra, intensificar los programas para dar al niño tiempo de asimilar los conocimientos, de raciocinar y de idear por sí mismo. Levantar de una vez la escuela que reclaman los tiempos, la escuela moderna del trabajo, en contraposición a la escuela antigua de la enseñanza libresca y oral. Hay que dar conocimientos y crear aptitudes».

Quiere el señor Alessandri que la educación cívica impregne toda la enseñanza nacional; que sea tarea preferente del educador formar ciudadanos amantes de su patria, que respeten su pasado y tengan fe en sus destinos futuros.

Precisa, además, ha dicho, intensificar la enseñanza cívica, orientando clara y firmemente a directores, a maestros y a alumnos hacia el servicio social y patriótico.

«Es menester que el niño sienta y palpe en todos los actos de su vida escolar, y en todas las asignaturas, que forma parte de un gran organismo que

se llama sociedad y que esta sociedad en que vive es su raza y su patria. Hay que hacerle comprender que ambas lo necesitan para su progreso y que todas sus actitudes deben aunarse y vigorizarse para aportar a ellas un contingente fecundo y provechoso. Debe enseñársele que su beneficio y bienestar personal tiene que buscarlos en la prosperidad y en el bienestar de la comunidad en que vive, para fundir así en una sola y única aspiración, en

un pensamiento único, el alma nacional».

Pocas veces un Presidente de Chile ha dado pruebas de comprender tan claramente el verdadero concepto de la educación nacional y la enorme importancia que esta función del Estado tiene para la salud moral y material de la Patria.

LA DIRECCIÓN

(Revista de Educación Nacional,
Santiago de Chile).

Alejandro Manzoni y la esencia espiritual de su arte

El presente mes de setiembre se han cumplido cien años de haber concluido Manzoni de escribir la novela *Los novios*, traducida a casi todos los idiomas.

Mucho se ha escrito sobre Manzoni y sus obras, especialmente los Himnos sagrados y las Odas, las Tragedias y *Los novios*, pero nada que supere al bellissimo artículo publicado en *Gerarchia*; revista que dirige el señor Benito Mussolini, por la profundidad y originalidad de los conceptos con los cuales el filósofo Giovanni Gentile, Senador y actual Ministro de Instrucción Pública de Italia, examina e ilustra, expone e insinúa en nuestro ánimo, la esencia espiritual del arte manzoniano. Tan importante me parece ese artículo, síntesis de la actual orientación ética del espíritu italiano, que espero hacer no inútil trabajo resumiéndolo y en parte reproduciéndolo para los lectores del REPERTORIO AMERICANO

* *

Alejandro Manzoni—empieza diciendo el señor Gentile—fué algo más que un grande poeta, fué un grande maestro nacional. Mazzini y Gioberti, los dos profetas de nuestro Renacimiento, desde el comienzo de su apostolado vieron en Manzoni la más alta guía espiritual de los italianos que, después del Dante, no habían oído otra voz de poeta que expresara todos los motivos más profundos del espíritu humano y tocara e hiciera vibrar todas las cuerdas del corazón, representando un ideal de humanidad viva, llena, entera.

El libro de Manzoni—*Los novios*—era el libro de un hombre, de un poeta que, en medio de la crisis de ideas que había obligado a la conciencia a doblegarse sobre sí misma y buscar más adentro de sí misma el principio y la razón de la existencia, recogía y fundía en el fuego de su propia virtud creadora los intereses fundamentales de todo el mundo moral.

«Pues—dice Gentile—en cada poeta siempre late el corazón del hombre y no hay poesía donde no resuene alguna de las voces que cada uno de nosotros puede sorprender y escuchar en lo íntimo de su ánimo. Más bien el poeta nos enseña a discernir entre aquellas voces confusas y que se escapan por eso a nuestra atención. La poesía es ensueño porque recoge una o algunas de ellas, que aparta y acentúa y hace resonar altamente atrayendo y encerrando los ánimos en una nota, en un ritmo, que es sólo un fragmento abstracto de la realidad en que se teje la sólida trama de la vida. Una nota del poema eterno basta para dar a la poesía su valor inmortal. Por eso la poesía es particular, subjetiva, fragmentaria; un aspecto de la humanidad tanto más conspicuo y espléndido, cuanto más distinto y aislado. Mientras el hombre que se encuentra en cada poeta lo estimula y lo persuade a alejarse de este límite, a dirigirse hacia la humanidad en el conjunto de los motivos que constituyen su mundo, y hacer valer su propia voz subjetiva como expresión de toda el alma humana, más bien de la vida universal».

Manzoni se elevó a una forma de arte que no es ya la lírica del alma poseída toda de una pasión humana pero particular, sino el canto del alma absorta en una visión universal y por lo tanto solemne, serena, religiosa de la vida. Visión no de poeta o de teólogo, sino visión humana; del hombre que habla al corazón del hombre, niño o anciano, ignorante o sabio, en cada condición de la vida, en cada edad de la historia. En la virtud redentora y consoladora de la fe se funda la sabiduría manzoniana.

«Esta virtud nace de una secreta fuente perenne que se halla en el fondo de todos los ánimos humanos y sale como manantial

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

inesperado de entre las piedras y los zarzales del vicio y del delito. El Innominado desde algún tiempo había empezado a sentir si no un renacimiento, cierto disgusto de sus crímenes, cierta repugnancia cual había experimentado en los primeros delitos, vendida después y desaparecida completamente cuando la imagen de un porvenir largo, indeterminado, el sentimiento de una vitalidad vigorosa, llenaron su ánimo de una confianza, de un desprecio de todo que lo tenía sin cuidado. Con el crecer de los años y el aumentar el número de sus fechorías, aquel Dios del cual había oído hablar, pero que no le importaba reconocer, ocupado en vivir como si no hubiera existido, en ciertos momentos de abatimiento sin motivo, de terror sin peligro, le parecía oírlo gritar dentro de sí: «Aquí estoy». Este Dios se anida en todo corazón humano y reaparece en cuanto cese o se interrumpa la confianza ciega y se empieza a reflexionar, a medir la vida, a verla destinada a concluir, a precipitarse en un abismo sin fondo; cuando este *todo* que cada uno cree ser, se vuelve en *nada*.

* *

La visión manzoniana de la vida no procede de un optimismo fatalista. Bajo ciertos aspectos, Manzoni parece más bien un pesimista para el cual «toda humana virtud, todo esfuerzo de buena voluntad no es bastante para librarnos del dolor. Los males llegan muchas veces porque se les ha dado motivo; pero la conducta la más circunspecta, la más inocente no vale siempre para tenerlos lejos de nosotros: y cuando llegan, o por culpa y sin culpa, la fe en Dios los hace verdaderos y útiles para una vida mejor».

«La vida no está destinada a ser un peso para muchos y una fiesta para algunos, sino para todos un empleo del cual cada uno tendrá que rendir cuenta. Para ello hay que tomar en serio las cosas: no decir las solamente, sino hacerlas. En el deber de sinceridad y de franqueza en el que el hombre piensa lo que siente y dice lo que piensa y hace lo que dice, estriba la concepción moral de la vida de Manzoni; que es concepción religiosa por cuanto no hay moral verdadera sin fondo religioso que sujeta al individuo a una ley absolutamente superior y que limita su arbitrio; concepción que no tiene su característica en el personal credo religioso del escritor, sino en la manera original y reformadora de la relación intrínseca del hombre con la ley moral, que es la misma voluntad de Dios. Tomar en serio las cosas, no decir solamente, sino hacer; no distinguir entre la vida de un hombre, aunque viva para sí sin ideal, sin ley y sin divina voluntad, y esta voluntad, esta ley y este ideal, porque allí está la misma vida del hombre: no ver a Dios fuera de sí mismo, como si el hombre pudiera existir sin El, sino sentirse todo uno con El, sin posibilidad, por lo tanto, de destacar de El el alma. Esta intimidad de lo divino, esta adhesión de todo el hombre al ideal, esta incondicional devoción del alma al *Santo vero* que es también el Justo y todo lo que tiene

valor verdadero para el espíritu humano, esta es la moral heroica de Manzoni, que predica el amor y el sacrificio, pero para edificar una realidad mejor e instaurar el reino del espíritu. ¡El sacrificio de sí mismo! esta será la ley del pueblo que podrá resurgir a nueva vida si el individuo reconociera en Dios la norma de sus acciones y en el ideal la razón de su propia existencia. La vida no es gobernada por el acaso o por una voluntad maligna, sino por una ley de amor la cual actúa en el corazón de los hombres de buena voluntad, siempre que ellos no se conformen con repetir como Don Abondio: «el valor uno no se lo puede dar», pero sí recuerden que ese valor nunca fué negado a quien tuvo fe, como decía el Cardenal Borromeo».

Manzoni nunca pierde de vista lo humano que se enfrenta a lo divino como punto de partida desde el cual hay que moverse para alcanzar la meta. No olvida la humana debilidad que mira a aquel ideal como a cosa más fácil de decir que de hacer. Y sonríe y reconoce la humanidad de Don Abondio, indecisa, recalcitrante, observando: «a decir la verdad también nosotros que tenemos este manuscrito y una pluma en la mano sentimos cierta repugnancia de continuar por este camino: hallamos algo extraño eso de estar poniendo por delante de los demás, con tan poca fatiga, tantos y bellos preceptos de fortaleza, de caridad, de sacrificio ilimitado de sí mismo para bien de los demás».

Frente al Cardenal Federico hallamos a Don Abondio, como Sancho Panza al lado de Don Quijote. El buen sentido del hombre mediano que con su crítica del ideal lo limita y lo obliga a hacer las cuentas con este mundo, tan distinto, en el cual el ideal debe actuar, sin embargo.

Don Abondio extrañaba que las razones

de Perpetua se hallaran también en los labios del Cardenal; y el autor nota que el Cura debía haber reflexionado que aquel hallarse de acuerdo su sirviente y Federico Borromeo sobre lo que se habría podido o debido hacer, iba contra él. La sirvienta y el Cardenal tienen casi siempre la oportunidad de pensar o sentir de la misma manera, la una con la sencillez del buen sentido, el otro con la sabia reflexión que nos libra de los prejuicios: una y otro iluminados por la luz propia de la naturaleza humana fijada en la verdad que Dios les concede. La verdad no está en la cima de los montes sino en el corazón de los hombres y será tanto más fácil hallarla cuanto más puro es el corazón y más inocente el espíritu que lo vivifica.

* *

«Manzoni—sigue el señor Gentile—fué un espíritu culto y adiestrado en la erudición y en el estudio de los sistemas; ingenio crítico hasta el exceso; acostumbrado a examinarlo todo, a discutirlo todo, a someterlo todo a la prueba de la crítica. Cautó, desconfiado y casi incontentable con la lengua que felizmente fluía de su pluma y de sus labios para delinear, dar color y vida a las figuras de los hombres y a las manifestaciones de la naturaleza y por lo tanto, atento, despiadadamente listo a catar cada palabra, volverla y revolverla por todos lados para ver si era de buena ley; hacer el proceso a la historia para juzgarla en sus actores y en sus principios, juez severo, rígido, inflexible. Sin embargo, Manzoni en sus líricas, en los célebres coros de sus tragedias, en la vasta y poderosa corriente que atraviesa su obra mayor (*Los novios*) es un poeta de vena, lleno de irresistible inspiración como ningún otro, tal vez, de todas las literaturas. Su poesía se desprende de su corazón con el



DOCTOR.—¿Murió?... ¡Pero si ayer lo dejé completamente restablecido, señora!

ELLA.—Sí, doctor... pero no hizo más que ver lo que usted cobra de honorarios, dió un ronquido y expiró...

(Excelsior, México, D. F.)

POI GARCÍA CABRAL.

Página lírica

de Manuel Segura⁽¹⁾

FRIVOLIDAD

ímpetu de una fuerza de la naturaleza. En la invocación al Espíritu Santo que se levanta, coro universal de todos los cristianos unidos en la plegaria, de todas partes de la tierra al cielo (*O spirito! suplichévoli noi Pimploriam*) o en el Adiós de Lucía, no es un alma, ni una multitud de almas que canta con el abandono de sí misma a Dios o a las cosas, es la tierra, la naturaleza, el universo que impulsa el ánimo del poeta, lo invade, y lo llena de sí y saca de él una voz potente, solemne, divina. Aquí culmina la verdadera poesía, donde el poeta no es persona, ni hombre que mire delante de sí las cosas o Dios, sino el hombre que absorbe en sí y transfunde en su propia alma el todo, llevando consigo al lector en una ola de pensamiento eterno.

«En esta poesía que sale de las cosas y del todo está reflejada la visión religiosa que el Manzoni tiene de la vida, consecuencia de aquella voluntad y necesidad de su espíritu de tomar las cosas en serio, de adherirse a la verdad, de acercarse a Dios, de aspirar e identificarse con El en aquella unidad por la cual Dios del todo vuelve y resuena en el alma del poeta, voz eterna y única: que es, pues, el carácter de toda grande poesía, la cual habla un lenguaje universal, inteligible para los sencillos como para los doctos; lenguaje de alta espiritualidad que es también lenguaje de la naturaleza en la cual el arte es espontaneidad y la disciplina es libertad. Manzoni, en este respecto, es de los más grandes de todo tiempo y de toda gente, y su libro, como el de Dante, será siempre para los italianos, libro de poesía y de verdad, libro de cultura y de reforma moral. Y los italianos volverán, en los siglos futuros, a conmemorar el Autor no solamente como poeta que regaló la alegría de su arte a todos los pueblos, sino como el maestro que más que cualquier otro escritor italiano enseñó a los italianos el arte de vivir dignamente».

ANTONIO ZANETTI.

Bosques fantásticos

Oh bosques de los árboles añosos y altaneros,
guardáis en vuestras frondas historias mil
de amor,
tejidas entre damas y bravos caballeros
que en vuestra calma hallaban remedio a su
dolor.

Contadme, oh bosques llenos de paz y de
armonía,
contadme la aventura de un fantástico amor:
haced que se conmueva, que vibre el alma mía
al escuchar la historia de un pobre trovador!

Decidme qué fin tuvo el bizarro caballero
que como hijo de España fué indomable en
valor...

Contadme qué se hizo la hija del rey fiero
que en vuestras soledades vagó con su dolor!

¡Bosques en donde anidan mil pájaros
cantores
que alegran las praderas con su bello gorjear,
bosques por donde vagan, de los
Conquistadores

las almas doloridas de tanto batallar!...

MARÍA DEL ROSARIO BORGES.

El espumoso barco, con que mi afán un día
soñara alegremente, por fin, ya en otro cielo
y en otras altitudes, prestó a mi fantasía
paisajes y horizontes que yo no conocía
sinó por lo que hablaban el libro y el abuelo.

Dió cielos a mi espíritu. Sorbí luengas
[distancias
cual si perteneciese a los etéreos dioses;
y mi novicio olfato gozó nuevas fragancias,
y mi inmadura planta anduvo otras estancias,
y mi inexperta vida cantó nuevos adioses.

Dió mar a mi entusiasmo. En Simbad el
[Marino
sentíame cambiado, distantes las riberas,
lejanas las techumbres, borroso ya el camino
de mi ciudad; y, absorto, veía que el destino
era un pegaso de alas invictas y ligeras.

¿Qué hada milagrosa aceleró mi vida?
¿Qué lírica medusa me transformó en viajero?
Viajar... Llevo yo en mí el ánimo escondida
de una ave atolondrada que, por volar no
[anida
ni en las oscuras torres ni en el ruinoso
[alero.

Y vi rostros, pupilas, naturalezas... Todo
lo que contar pudieran Balzac, Goya, o
[Beethoven:
en la emoción sentíame germano, español,
[godo;
y en mis frivolidades siempre encontraba un
[modo,
hostil, de ser más viejo; fugaz, de ser más
[joven.

Y el clamoroso puerto, y la ciudad remota,
y los tenaces hombres... Y el puente en el
[abismo,
y el túnel en el monte, y el vuelo en la
[gaviota,
iban pasando en torno de mi ansiedad
[ignota,
intermitentemente, como algo de mí mismo.

Así, mi ser, propicio a la inquietud errante,
desconoció el silencio y se alegró en el ruido,
tras la distancia, pronta, de nuevo, a ser
[distante;
y, sobre todo, una ansia de seguir adelante
cual si dejar quisiera una ciudad de olvido.

No sé en qué interminable ofuscación me
[pierdo,
van yéndose mis pasos como se van los ríos,
suspiro hacia el pasado y mi retorno es lerdo:
avanzo, avanzo; y no obsta ni el otoño
[recuerdo
de aquellos ojos suyos que fueron y son míos.
Frivolidad de mi alma... Ola que va en los
[mares,

(1) De Costa Rica.

de tumbo en tumbo, a todas las playas de la
[vida;
¡un voluptuoso ensueño de abandonar los
[lares
y de viajar sin rumbo, sin armas, sin egida..

¡Y de pedir, a instantes, la soledad, la
[ermita,
la voz materna, todo lo nuestro: novia,
[estrella;
y en las oscuras tardes, cuando el afán
[dormita,
la alcoba de la infancia y despertar en ella!
México, D. F., 1923.

SONATAS DEL VIAJE

Silbatos y campanas,
vehículos, corceles, vagones y tranvías...
Es el fugaz desorden que hace vibrar
[ventanas,
estremecer espíritus y fatigar los días;
¡hoy me siento extranjero!

En torno de mi vida el maremágnum danza
fantástico y ligero,
cual si rendir quisiese mi estrofa y mi
[esperanza.

Pupilas hay que inquietan, sonrisas hay que
[lloran,
ancianidades jóvenes y juventudes viejas;
y allá, tras la macetas, que al tibio sol se
[doran,
no sé qué amor ocultan las herrumbradas
[rejas.

Dolor, ¿vives aquí?
Cantar, ¿se te oye en esta circulación de
[gente?
Amor, ¿acaso logras en el vaivén un sí?
Reir, ¿es que tu nota de juventud se siente?
Amada, pienso en ti
como se piensa en una diafanidad de fuente.

Hoy me siento extranjero sin la tranquila
[calle,
y sin el rostro siempre de todos conocido;
sin el arroyo alegre con que se alegra el
[valle,
y sin aquellas torres cuyo fugaz detalle
siempre es, tarde y mañana, la música de
[un nido.

¡Oh, mente!, y cuántas noches en tu ilusión
[querías
ser alma del tumulto, ser voz del
movimiento;
y ahora, al agitarse la multitud, reías
bajo el ardor extraño de un hondo
[pensamiento:
amor, ¿vives aquí?,
reir, ¿es que tu nota de juventud se siente?
Amada, pienso en ti
como se piensa en una sonoridad de fuente.

México, D. F., 1923.

Con Einstein en Toledo

Madrid, 1923.

EN 1916 pronuncié algunas conferencias en la Facultad de Letras de Buenos Aires. Me había propuesto en ellas dibujar someramente la fisonomía de un nuevo espíritu que sobre Europa alborea. Ante todo me interesaba fijar los caracteres de la nueva manera de pensar que desde el friso secular actúa en las ciencias y las va renovando radicalmente. Con alguna reiteración aludí a la teoría de la relatividad de Einstein, ejemplo admirable del nuevo sesgo intelectual. Era entonces muy poco conocida, en rigor se hallaba todavía en período de desarrollo. Aquel mismo año 1916 publicó Einstein la exposición de su sistema generalizado. Al concluir sus conferencias decía yo al auditorio: «No tengo prisa alguna de que me deis la razón. Sólo pido que cuando en tiempo nada lejano algunas de las cosas que habéis oído por vez primera en estas conferencias resuenen por todo el mundo y celebren su consagración pública, recordéis que en esta aula y en esta fecha oísteis ya hablar de ellas».

Esta grata hora porteña emergía ayer sobre el haz de mi memoria. Me hallaba con Einstein apoyado en el pretil del puente de Alcántara, junto al cual eleva Toledo su encrespamiento urbano. El viejo Tajo, río decrepito, penetraba como una espada flúida entre los flancos de piedra cenicienta que sustentan la ciudad y sus alrededores. Sobre nuestras cabezas, bajo el cielo más azul, reverberaba la ruina del castillo de San Servando. Einstein ha tenido que venir de «incógnito» a visitar Toledo. Llega del Japón, de Palestina, como antes estuvo en Francia, en Inglaterra, en Norte América. Por dondequiera que pasa las muchedumbres se densifican y se agolpan en torno a su egregia figura. Es hoy Einstein el hombre de ciencia más popular en el mundo. En medio de la desilusión universal que ha anegado el planeta, Einstein significa el sublime pretexto para una fe que quiere renacer.

—Yo no comprendo—me decía—esta excesiva popularidad que mi obra ha alcanzado. Nunca podía yo imaginar, mientras trabajaba en ella, que iba a escaparse de los laboratorios y de los libros de ciencia para ponerse a correr las calles. ¿Cómo se explica usted este extraño fenómeno de que una labor tan abstracta y tan puramente científica interese a las multitudes?

—Yo creo, por el contrario, que es muy comprensible, Sr. Einstein—repuse.—Es más, podía haberse predicho que si, dada la situación del espíritu universal, sobreviniera algún gran invento de alta y pura ciencia, el entusiasmo de las gentes se dispararía irremisiblemente. Ha habido guerras alegres... Porque aunque la guerra sea siempre faena ruda y cruel, se ha hecho a veces con una embriaguez de ilusión. Pero la guerra

última ha sido una guerra triste. Se luchaba por cosas que ya no encendían la esperanza, que más bien fatigaban ya. La economía y la organización política de Europa habían perdido su atractivo en el fondo espiritual de los mismos que combatían por ellas. La prueba de ello es que, al final de la con-



ALBERTO EINSTEIN

Visto por MÁLAGA GRENET.

(La Nación, Buenos Aires).

tienda, nadie está contento; ni vencedores ni vencidos saben hacia dónde dirigir sus afanes. Economía y política han dejado de ser para los europeos lo que fueron en el último siglo: supremos excitantes de la vitalidad. Aun hay luchas económicas; aun hay luchas políticas, pero se va a ellas forzado por la necesidad de resolver los conflictos planteados, no con el fervor de quien espera conquistar en ellas una vida más valiosa.

Se halla, pues, vacante la fe de los hombres. En tal circunstancia aparece la obra de Ud. donde se dictan leyes a los astros, que éstos acatan. Los fenómenos astronómicos han sido siempre fenómenos religiosos

para las multitudes humanas; en ellos la ciencia confina con la mitología y el genio científico que los domina adquiere un nimbo mágico. Es Ud., Sr. Einstein, el nuevo mago, confidente de las estrellas.

Miraba el genial físico la dramática situación de Toledo, que es un cerro agrio, ceñido de otros como él breñosos, crudos, estériles. No podemos ver un trozo del planeta sin pensarlos como fondo de la existencia humana y escenario de una vida afín. Por eso ante Toledo nos preguntamos: ¿qué historia, qué estilo vital pueden producir cerros semejantes? ¿Para qué sirven en el finalismo telúrico? ¿Qué fruto puede llevar un paisaje así—circo de cerros en torno a otro defendido por la haz vertical de un río que le sirve de foso natural? Cuando los toledanos salen a pasear por sus murallas y ven las colinas inmediatas, que son una amenaza petrificada, sentirán que sus almas se ponen tensas y combadas, como arcos de ballesta prontos a expulsar la flecha defensora. De las barbancas naturales que cercan la ciudad parecen llegar constantemente dardos enemigos, estableciéndose entre una y otras cimas un perpetuo dinamismo de ofensiva y defensiva, adormecido hoy, pero que cualquier pretexto puede despertar, disparando de nuevo su funcionamiento.

Si nos detenemos en el Paseo de San Cristóbal, inclinado sobre el abismo, hallamos tan guerrero el lugar, que nos asaltan preocupaciones tácticas de conquista y defensa, ajenas a nuestra pacífica condición habitual, y si no nos detuviese diligente atención, adoptaríamos actitudes de centinela. (Hay rumor de campanas en el aire y ponemos el oído como una copa para recoger su fluencia sonora, que es como un vapor metálico derramándose en el ámbito azul. Al fondo, esfumada, espectral, se encorva la sierra, árida y terrible como un confín tibetano). Ello es que Toledo sólo despierta en nosotros pensamientos poliarcéticos, de eversor de ciudades, y comprendemos que la vida aquí sólo es posible como un alerta eterno.

Desde la profundidad donde nos hallamos, la urbe se eleva casi vertical. Es una masa cónica de edificios, apretados los unos contra los otros, sin que se descubra entre ellos el paso de alguna entrada. Toledo es una de esas ciudades ásperas y herméticas, donde, en rigor, no se puede entrar, sino que es preciso insinuarse en ella. Esto le presta el encanto propio de las villas a que hay que llegar poco a poco, girando en torno, como a Jericó.

La plaza de Zocodóver—donde Cervantes encontró el texto arábigo del Quijote—está llena de pueblo. Es día de mercado. Son labriegos del siglo XIII o XIV, que perpetúan el rito intacto de su existencia. Zocodóver sigue siendo un zoco oriental. En los puestos se venden sólo manjares ardientes como en El Cairo o Bagdad: nueces, higos, piñones, comidas para almohades o para templarios. Sin embargo, los fotogramas de los periódicos han popularizado tanto la figura de Einstein que, al punto, es reconocido. La muchedumbre se arremol-

lina en torno a nosotros y los mozuelos, pequeños negroides de ojos densos, juegan con Einstein.

—No puede Ud. negar—digo al sabio que corre tras de los chiquillos—que era Ud. ya muy conocido en el siglo XIII.

Einstein sonríe y mientras ascendemos por una rúa angosta exclama:

—Yo no tengo sensibilidad histórica. Sólo me interesa vivamente lo actual.

E insiste sobre un tema que le he oído varias veces tratar y debe ser hoy para él una verdadera preocupación:

—El talento es unilateral. Se vale tal vez mucho para un cierto género de problemas y se es nulo para todo lo demás. Acaso los nombres más famosos de la humanidad corresponden a hombres que valían muy poco porque valían para una sola cosa, para un pequeño rincón de cuestiones. Sobre todo en Alemania esta imitación a que propende la naturaleza ha sido favorecida por la educación especialista y se ha convertido en una verdadera maldición para aquel país. Humanamente es monstruoso servir mucho para una ciencia, pero no servir más que para ella.

Al ser lanzado súbitamente por la fama sobre la admirable variedad del mundo, Einstein, que ha debido hacer—como es frecuente en los hombres de ciencia germánicos—una vida angosta de estudiante, se ha encontrado con innumerables facetas de la realidad que le sorprenden, ante las cuales no halla en sí preformada una actitud certera y segura. Ha conocido hombres más armónicamente dotados, capaces de juzgar con precisión y refinamiento sobre temas muy diversos. Esta experiencia le ha debido asustar un poco y ha visto su formidable genio físico como solitario dentro de sí mismo, desamparado de otras dotes y potencias. En efecto, Einstein parece un espíritu extremadamente circunscripto a su ciencia. No creo que verdaderamente le interese el arte ni la historia y tal vez, ante un cuadro o un problema general humano, su genio se detiene como parálítico.

De todas suertes, parece interesarle esta ciudad heteróclita, superviviente de un pasado viejísimo, cono de piedra sobre el que han caído como capas sucesivas las más variadas y densas civilizaciones. Para un habitante de Zurich y Berlín, como es Einstein, tiene que ser inquietante caminar por un pueblo donde a la ruina romana sucede un gesto visigodo que concluye en una forma árabe encajada en una grave arquitectura castellana. Aquí han vivido, en efecto, prietas y hacinadas todas esas culturas. La ciudad sólo tiene escape hacia el Cielo Cenobio y cuartel, la existencia aparece en ella como un servicio militar de tierra y cielo, que endurece los pechos contra el dardo y la tentación.

Desde todas partes y en todos sus puntos Toledo es alucinante y desmesurado. Siempre que lanzáis la mirada os sorprende tropezar con un torreón, con la espadaña de un convento, con un muro enorme que no habíais advertido y se alza de pronto. Son aquí

inevitables almas estrechas y como ojivales de ascetas de soldados, dominadas por unos cuantos fantasmas trascendentes, regidas por alucinaciones.

Quiso Einstein asistir a una escena típica del antiguo vivir toledano y fuimos a la iglesia de Sto. Tomé, donde se halla el «Entierro del conde de Orgaz», la obra mayor del Greco. Se trata de un guerrero muerto que es llevado a la tumba vestido de sus hierros. Se trata de un milagro, de una aparición. Se trata de una asamblea ceremoniosa, a que acude la «gente distinguida» de la ciudad: capitanes, magistrados, eruditos, frailes y prestes. Los rostros, de gótico óvalo, anuncian almas tan ardorosas como poco inteligentes. Sobre la escena gravita la formidable alucinación de la fauna celestial. Greco ha querido dar la impresión de un carro sin

que desaparezcan del primer término las tres figuras esenciales: el cadáver y los dos santos revestidos de suntuosas ornamentas. Grave, corpóreo, pesando sobre la tierra, este grupo atrae el tropel de cabezas que palpitan en torno como llamas lívidas o enjambre de falenas ingravidas, vibrantes sobre las gemas encendidas de la capa pluvial. A ambos lados, unas figuras alargadas hacen un arrebatado aspaviento, y a la derecha un clérigo con sobrepelliz parece ser el «artista» del divino grande. Tiene el ojo hacia lo alto, exultante, lleno de iluminación y todo él un ademán de artista a quien ha salido bien un número del programa.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

(La Nación, Buenos Aires).

Las tinieblas del miedo

AL ver en la prensa los curvos giros de nuestros debates parlamentarios, se piensa que Colombia es la más tímida de las naciones.

El país está enfermo de mil deseos vagos, de mil ambiguas aspiraciones, como la conciencia insegura de los convalescientes. Pero carece de una ambición definida y enérgica.

Tenemos miedo del Banco de Emisión. Miedo de los grandes empréstitos. Miedo de las transformaciones administrativas. Miedo de las rentas y de las obras nuevas. Y hemos recibido las conclusiones de la Comisión de hacendistas americanos con el pavor con que se escuchan en la infancia las fórmulas heladas de un diagnóstico.

Lo cierto es que la República divaga y vacila, porque no tiene fe en sus propias fuerzas. La presencia inminente de los cambios la asusta. El olor de las máquinas la desvanece aún.

Y falta en ambos salones circulares del Capitolio una falange suficiente de inteligencias revolucionarias y de voluntades magnéticas.

El doble tránsito de lo sencillo a lo complejo en los resultados y de lo complejo a lo sencillo en los métodos—síntesis y sustancia de todo progreso corporativo—no puede cumplirlo la vida nacional sin cierto movimiento intenso en las ideas de los hombres que la dirigen. Movimiento un poco brusco también, no hay duda, y ex-

puesto a cierto linaje de provechosos peligros, pero absolutamente necesario hoy en un pueblo donde hace cuarenta años que no se piensan cosas nuevas.

Es fuerza derrotar de una vez en los cerebros colombianos aquella teoría resignada y melancólica del «poco a poco», a cuya sombra hemos vivido la existencia inmóvil de un vasto reino mineral, dominándonos los acontecimientos sin que nunca lográsemos ser nosotros los rectores de ellos, y cuyo fruto práctico apenas han sido, en resumen, la construcción de un Capitolio y mil kilómetros de ferrocarril en más de medio siglo.

A ese andar, si no se apresura la marcha, habríamos necesidad de dos mil años más para completar una red ferroviaria como la de Argentina (cuarenta mil kilómetros) y quien sabe cuántos siglos para un número de edificios públicos igual al que tiene la sola ciudad de Nueva York.

¡Someterse a la modestia de los recursos del país! No se ha dicho nunca una necedad más eminente.

Sólo las tribus de las selvas no tienen deuda pública. Sólo ellas pueden conformarse con el límite miserable de sus propios medios. Aceptar ese prospecto musulmán sería soltar de las manos toda ilusión de colocarnos entre las mejores naciones de la América latina.

De los países que hacen fuerza del crédito, a uno que no sabe apelar a él, hay la misma diferencia que podría darse en el gran río Magdalena entre los buques de vapor y la dormida balsa de troncos que baja desmayada en la pereza de las ondas.

Si la hora es favorable o no para los empréstitos colombianos en Nueva

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

York, no se estudia en estas páginas.

Pero el temor a las innovaciones, en esa y en todas las actividades vivas de la Patria, está tejiendo para ella una cortina de tinieblas que es preciso romper.

El Miedo es en Colombia Consejero de Estado, Legislador, Ministro de Instrucción Pública, Fiscal, Magistrado de la Corte Suprema, Diputado, Rector de las Universidades, Banquero, Presidente de muchas Cámaras de Comercio, Abogado, Ingeniero, Periodista y a veces Procurador General de la Nación.

La lucha de los buenos Gobernantes ha sido y tiene que ser contra él. Hacerle evacuar tantas posiciones, al parecer tan artilladas, es también el esfuerzo que convida a todos los hombres que sientan en el país la fruición incomparable de tener talento y el ansia de fundar una civilización joven más sólida y más bella.

No importa si esa civilización aparece al cabo de tener los ojos negros y el pelo rubio, como suelen hijas hermosas, cuando el padre es del Norte y la madre venía del Sur.

La hora es de empezar una vida rebelde, noblemente agitada, convulsa tal vez, turbada si se quiere por laudables zozobras y por los transitorios fracasos, siempre fecundos al fin, que a toda ingente empresa humana sirven de escabel.

Nos hace falta allá más humo, del humo dichoso que se exhala del vientre de las calderas preñadas. Nos hacen falta aún muchos millones de metros de alambres, muchas poleas, y el ruido ameno y franco de las dentadas ruedas de los talleres, cuya desarmónica bienhechora espante la política de aquellas aldeas y haga pensar a tantos ingenuos y extraviados compatriotas nuestros en algo distinto de las mohatras electorales, que confunda Dios, y de la nómina de la Alcaldía!

Nos hace falta una Universidad cabal y verdadera, de las que se derivan de la palabra «Universo», que esté en contacto con el mundo, que abra sus fuentes espirituales a todos los ciudadanos y de todos ellos reciba algún aliento. Una Universidad donde se estudie más la vida y se reciten menos las ideas de ayer. Donde se juegue más al «foot-ball» o a cualquier cosa, y se hable menos del Gobierno. Donde salgan hombres capaces de pasar seis horas en un laboratorio, sin rendirse, y otras seis en un tanque de natación. Donde los mismos que aprenden a comentar las doctrinas sociológicas de Levy-Brühl sirvan para apostar tremendas carreras a pie.

Nos hacen falta muchas carpinterías, muchas cerrajerías y máquinas de arar, para poder cerrar ciertos juzgados y abolir algunas Juntas en las

poblaciones belicosas de nuestros valles encendidos.

Se han educado varias generaciones para discutir y es menester que se eduque ya una para trabajar. Esta vendrá acaso sin miedo a las ideas, sin miedo a las palabras, sin miedo a la acción.

Pero nada se alcanza mientras dure en las elevadas dignidades legales el reinado silencioso de «los hombres opacos», de las pequeñas personalidades grises, de las vagas medianías sin voz y sin color, que representan las indecisiones permanentes y la timidez nacional.

«Pasteurizar» las oficinas públicas

REFLEXIONES Y LECTURAS

La tradición democrática

CON la muerte del presidente Harding y el juramento de su sucesor, Mr. Coolidge, ha revivido un momento en los Estados Unidos la vieja tradición democrática.

Porque la democracia tiene ya su tradición. Tiene una tradición clásica, la de las antiguas ciudades griegas y la primitiva República romana, tal como las interpretara, en una visión convencional de la Historia, el humanismo político del siglo XVIII. Y tiene una tradición más moderna, la que arranca de esa misma décimo-octava centuria, y que, soterrada poco a po-

en lo tocante a la honradez fué siempre en Colombia un anhelo vibrante de los pueblos. Llevar a ellas asimismo la eficacia intelectual debe ser uno de los primeros ideales contemporáneos.

Y vencer al Miedo. Vencerlo en todos los campamentos. Desbaratar su retórica fastuosa. Descoyuntar su dialéctica pueril. Sonreír con benévola indiferencia a cada una de sus profecías trágicas. Y enfrentársele. Enfrentársele desde luego con un riel en una mano y en la otra un billete del Banco Nacional. Esta es la táctica.

TOMÁS MÁRQUEZ

Nueva York, julio 10 de 1923.

(La Nación, Barranquilla).

El cofre de Isabel

(SONETO A ISABEL LA CATÓLICA).

En un cofre de góticas labores,
obra maestra de antigua orfebrería,
mezclaban sus cristales y colores
las joyas de Isabel, la reina pía.
El zafiro sus suaves resplandores
con las luces del ópalo tejía;
y la perla dormida entre fulgores
de esmeraldas un lirio parecía.
Era un mundo el que allí se aglomeraba.
Era un mundo, presagio de otro mundo
que mayores riquezas encerraba!
Vino el Genio... fué la obra de un segundo...
El cofre de Isabel se transformaba
en el seno de América fecundo.

JOSÉ B. ACUÑA.

San José, 29 de setiembre de 1923.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: { de 2 a 5 p. m.

co bajo los aluviones plutocráticos e imperialistas en el gobierno de las grandes Repúblicas contemporáneas, resurge, no obstante, como un rito idealista, en las horas solemnes y en las emocionales ceremonias de esos mismos pueblos.

Un presidente de la República en Francia o en Norteamérica es un rey electivo y temporal; pero es un rey con mayor influencia personal que cualquiera de los soberanos constitucionales de Europa. El monarca de Inglaterra, o el de Italia, o el de Bélgica, es, en cambio, un presidente hereditario y vitalicio, cabecera honoraria en la mesa de los Consejos de ministros—a los que en Inglaterra, por ejemplo, desde hace siglos no asiste—, dotado de un «máximum» de autoridad, un «mínimum» de poder y un «quantum» de influjo discreto, variable según las cualidades de la persona y las circunstancias de la política. Durante la guerra, no preocupaban demasiado las particulares opiniones de Jorge V, en tanto que el mundo, bajo el dominio de Wilson, contemplaba sugestionado, según la frase de D'Annunzio, los treinta y dos dientes de la sonrisa del Arbitro. La diferencia está, sin embargo, en que el Profesor Woodrow Wilson, descendiendo la escalinata del Capitolio, ha vuelto a su Biblia y a sus textos de Derecho, en tanto que el rey de la Gran Bretaña e Irlanda y emperador de las Indias continúa amparando hoy bajo la histórica majestad de la corona la obra del Gabinete conservador, como amparó ayer a la del Gobierno liberal, como amparará mañana, posiblemente, la de un Ministerio socialista.

En el entierro de Warren Gamaliel

Harding reapareció, como decíamos, la pura tradición democrática. Primero hubo la conducción oficial del cadáver del jefe del Estado desde la Casa Blanca hasta la rotonda del Capitolio sobre un armón de artillería, entre el resplandor de los brillantes uniformes, el despliegue de las tropas y el resonar de las bandas de música. Pero después, la nación devuelve los mortales despojos a la viuda del muerto ilustre, y es ésta con un grupo de amigos fieles, quien los lleva modestamente al pueblecillo de Marion, hogar familiar de los Harding, donde el difunto habrá de dormir el sueño eterno de la paz patriarcal del cementerio de su aldea.

No era ya el cuerpo del primer magistrado de la Unión, sino el del ciudadano Warren Harding, aquel cadáver que fué velado una noche, sin otro homenaje que el de las lágrimas, silenciosas, en la humilde morada de su padre, el anciano doctor Harding. ¡Y ahora, tú, que registes con mano poderosa los destinos de cien millones de hombres, descansa para siempre en esa pobre tumba, junto a la capilla cubierta de yedra, en el camposanto de Marion, donde el ambiente es sencillo, severo, espiritual, como la fe puritana de los peregrinos de la «Mayflower» y la moral austera de los Washington y los Franklin!...

A rey muerto, rey puesto. El presidente ha muerto... ¡Viva el presidente! Apenas falleció Harding, el honorable Mr. Calvin Coolidge, vicepresidente, pasa a ocupar por ministerio de la Constitución, la presidencia de la República de los Estados Unidos. Su «coronación» estuvo en armonía con el sepelio de su antecesor. Antes de partir para Washington, juró su nuevo cargo, como la ley exige. Pero eligió para esta grave ceremonia la alquería donde pasó su niñez, y allí, en la intimidad doméstica, entre los recuerdos del pasado, junto a sus libros y a sus huertas, prestó Mr. Coolidge, en manos de su propio padre, el juramento de fidelidad al bien público y a las instituciones de la nación.

He ahí cómo en los grandes momentos reverdece con toda su fragancia moral la tradición democrática. Hoy, en las Repúblicas como en las Monarquías, conviven dos opuestas tradiciones. La tradición autocrática, que confiere al Poder—desde su más alto representante hasta los subalternos últimos—un carácter entre sacerdotal y guerrero, y la tradición democrática, para la cual no es el Poder más que una simple delegación de la voluntad popular. Cuando un monarca, como Alberto de Bélgica, confía la educación de sus hijos—aunque se escandalice la corte—a un maestro público, formado bajo la dirección del viejo Sluys en la Escuela Normal, popular,

laica, de Bruselas, es la tradición democrática la que penetra hasta el regio alcázar. Y ha sido la tradición democrática la que, en la ideología combatiente de la guerra europea, venció a la tradición autocrática de los Imperios germanos. El armisticio lo impuso el profesor Wilson, teorizante de la doctrina liberal, al emperador Guillermo II, definidor del derecho divino. «Nosotros, los Hohenzollern, hemos recibido la corona sólo de Dios, y sólo a Él debemos rendir cuentas...» Pero, ¡ay!, la tradición democrática, que ganó la guerra, se está dejando derrotar en la paz.

Háblase de que ha fracasado la de-

mocracia. Mas la democracia no se ha ensayado nunca plenamente. La democracia como el cristianismo, como todos los grandes ideales, no ha llegado a vivir más que combinándose con los principios enemigos y adaptándose a los sentimientos contrarios. ¿Cuándo verán los hombres triunfar un ideal en toda su pureza? ¿Cuándo dejará de ser una ley histórica la de que ningún anhelo superior se realice más que a medias, fundiéndose las encontradas corrientes en esa síntesis mediocre, confusa, inestable, que es, sin embargo, la vida misma?...

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

¿Está vencida la lepra?

EL tercer Congreso internacional contra la lepra, que acaba de clausurar sus sesiones en Estrasburgo, nos da la seguridad de que la lepra ha sido vencida.

La lepra es tan vieja como el mundo; a ella, a cada paso, se refiere la Biblia. Carlomagno dictó reglamentos que han llegado hasta nosotros. Fué tan fuerte el flagelo, que en los tiempos de las Cruzadas se edificaron en toda Europa leprosos y casas de curación, en los cuales, junto con los leprosos, eran encerrados los tuberculosos y los sífilíticos.

Los leprosos eran colocados bajo la protección de San Lázaro. Los poderes civiles y eclesiásticos ordenaban contra ellos una completa proscripción, tan rigurosa, que tuvo por resultado la desaparición casi completa de la plaga en la mayoría de los países de Europa.

Pero no hay que creer que el mundo moderno no esté ya amenazado por esa dolencia. El Congreso de Estrasburgo ha probado que ciertos países, en otro tiempo inmunes, están hoy infestados y que la lepra crece en ellos de manera aterradora.

Las estadísticas oficiales revelan la existencia de tres y medio millones de enfermos en el mundo entero. Sin embargo, la opinión de los especialistas es que esta cifra es inferior a la realidad: según esas informaciones, en el mundo entero hay diez millones de lazarenos, hasta hoy considerados como incurables, muertos vivos en el mundo de los vivos.

En España, en Suecia, en Noruega,

y sobre todo en los Balkanes, hay focos muy importantes de donde puede extenderse el mal a toda Europa. La abundancia y rapidez de los transportes aumentan los peligros del contagio. En Marsella, en el año último, se ha comprobado el paso de 235 leprosos; ninguna disposición legal permitió devolverlos al país de su origen o detenerlos. Se conocen casos en la Costa Azul, en Bretaña, aun en París y Londres, y en todas las principales ciudades que recorren los viajeros.

La lepra causa espantables estragos en la India, donde hay 1.500.000 casos; en la República de Colombia, donde hay 200.000, y en las islas griegas del Mediterráneo. La Argentina está muy alarmada, pues los progresos del mal son allí muy rápidos. Las colonias francesas, sobre todo la Indochina, Madagascar y la Nueva Caledonia, son importantes centros de contagio. Los europeos pueden contaminarse y llevar a sus respectivos países el germen de la enfermedad.

La lepra es tan terrible, que a veces se prefiere no pensar en ella. Mientras fué considerada como incurable, este temor de abrir los ojos del público tenía su explicación. Hoy no. Se puede curar la lepra; tenemos el remedio. Es preciso obrar, emprender unidos la gran lucha; si lo hacemos ahora, dentro de 25 años la enfermedad habrá desaparecido del globo.

Es inútil extenderse sobre los síntomas. Se puede decir, con el Profesor Marchoux, que la lepra, producida por el bacilo descubierto por Hansen, que tiene con el de la tuberculosis numerosas analogías, es una tuberculosis no tóxica, dotada de un poder de difusión menor. Es una afección esencialmente falaz, de desarrollo muy lento, que se inicia mañosamente sin que pueda ser descubierta en sus co-

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

mienzos. No mata al enfermo, sino que lo convierte en un ser monstruoso que inspira horror.

En realidad, los enfermos de lepra son menos peligrosos que las víctimas de la tuberculosis, pues su enfermedad es menos contagiosa. Parece que el contagio se efectúa de hombre a hombre, o por conducto de las moscas, y los recientes trabajos de Marchoux dejan entrever que la rata, frecuentemente, padece de una lepra muy semejante a la del hombre. Se han ensayado numerosos tratamientos sin buen éxito. Jeanselme y Vernes usaron en vano el 606.

Es preciso creer que hay ciertos sabios predestinados. El doctor Pomaret, jefe del laboratorio de la Facultad de Medicina de París, en el Hospital de San Luis, se dedicó al estudio del problema y encontró una combinación, hoy muy usada, a base de chalmugra, pero que no le satisfizo del todo.

Rost, Deykes Pachá, Brock y Varham, han ensayado vacunas con más o menos éxito. Un cirujano de Alejandría, doctor de Ginebra, el doctor James Hasson, que había leído que los egipcios del tiempo de Seti I trataban las úlceras de la lepra por medio del aceite de sésamo arsenicado, tuvo la idea de ensayar los compuestos arsenicales. Después de numerosas preparaciones escogió una nueva: el amino-arseno-fenol, o eparseno, preparación 132, que Pomaret había combinado para vencer la sífilis.

Y he aquí lo curioso de la aventura: Pomaret no había alcanzado éxito contra la lepra y buscaba remedios contra la sífilis, no sospechó en el primer momento que había descubierto el remedio verdaderamente eficaz contra la lepra tratando de vencer a otro enemigo.

Los resultados de las aplicaciones de esa fórmula 132, hechas por el doctor J. Hasson, fueron tan hermosos, que

merecieron ser comunicados por primera vez a París, el 20 de octubre de 1922. Desde entonces los ensayos se multiplicaron. Los profesores Baliña y Aberastury, de Buenos Aires, el médico Robineau, el doctor Chartres, de Marsella, el Profesor Gougerot, de París y otros, han llevado a Estrasburgo los más brillantes resultados de sus numerosas experiencias.

En 1922 el Profesor Jeanselme pudo decir: «No nos atrevemos a asegurar todavía que la lepra se cura por el 132 Pomaret». Este año, en Estrasburgo, todos los especialistas han afirmado la excelencia de este nuevo remedio, solo o asociado con otros tratamientos.

Se trata de un medio terapéutico bastante delicado de manejar, que no puede suministrarse sino bajo la estricta vigilancia del médico.

El 132 es muy poco tóxico, pero provoca, sin embargo, vivas reacciones. El curso de la cura puede seguirse de cerca, porque la lepra da una reacción de Borde-Wasserman.

Se puede, pues, proclamar victoria a voz en cuello. ¡La lepra ha sido vencida! Es un flajelo menos para la pobre humanidad.

DR. PIERRE LOUIS REHM

(Editorial de *Le Matin* de París.
Trad. de *El Tiempo* de Bogotá.)

El príncipe mudo

«Tacent? Satis laudant»
TERENTIUS. *Eunuchus*.

QUÉ no hará un hombre enamorado por ser correspondido? Si pudiéramos desentrañar los móviles ocultos de la voluntad y si este estudio, de suyo tan difícil, pudiera ser realizado en los seres que ya no existen, veríamos que las más gloriosas hazañas y las más memorables empresas fueron realizadas por amor. El amor no es solamente, según la bellísima frase de Galdós, la suprema verdad; es también la soberana energía. Si hubiera un infierno, el mayor tormento sería en él el de no hacer cosa alguna; porque, según Santa Teresa, el infierno es el lugar «en que no se ama».

Por eso nos ha causado tanta extrañeza la determinación de ese príncipe Hamado, heredero del trono de uno de esos países de cuento oriental, el cual ha hecho voto de enmudecer y no volver a pronunciar palabra alguna en tanto que no corresponda a su cariño

la célebre bailarina rusa Vera Wratislava. En la literatura de todo el mundo el amante típico es un solemne charlatán. Nada tan declamatorio y tan ampuloso como un poeta enamorado. El mismo madrigal es una verborrea comprimida. Poseedor de la lira erótica, Pierrot seguirá diciendo tonterías por todos los siglos de los siglos. Un amor mudo es un caso no visto en las églogas, que hubiera desempeñado un triste papel en el *Banquete platónico* y al cual el «Eterno femenino» volvería definitivamente las espaldas. «Hablar con el novio» es el grato afán de todas las niñas casaderas. Los mismos sordomudos prorrumpen en gritos inarticulados ante el objeto de sus ansias, y no hay animal alguna en la Creación que no emplee un lenguaje particular (arrullo, trino, rugido o relincho) para dar a entender a la hembra que siente por ella una atracción incapaz de ser silenciosa.

¿A qué obedece entonces la determinación de ese príncipe Hamado, que daría su reino por quitarse la hacha que le sobra? Indudablemente, a que su amor reviste un carácter esencialmente místico. Ha hecho voto de enmudecer, como un fraile puede hacer voto de castidad. Obsérvese bien que lo característico de los votos piadosos es ser absolutamente inútiles y no servir para maldita de Dios la cosa. Nadie hace voto de trabajar ni ofrece a su imagen favorita, como penitencia u oblación, aprender a manejar la tabla de logaritmos, o ejercitarse en un idioma extranjero, o mantener en sus manos el escoplo durante las horas de asueto. No; lo que se ofrece es vestirse de morado o de negro, ayunar, privarse de alguna diversión o darse una caminata descalzo, cosas perfectamente

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

<p>CERVEZAS</p> <p>Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p> <p>REFRESCOS</p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-</p>	<p>↑</p> <p>↓</p>	<p>ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p> <p>SIROPES</p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
---	-------------------	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE
COSTA RICA

ineficaces e improductivas. Sabido es el cuento de la beata señora que, para salvarse de una indisposición pasajera, ofreció a Santa Rita no dormir más con su marido, y como éste protestara, fué a Roma y consiguió del santísimo Padre que permutara la penitencia por la de «votar al marido al azul claro», comprometiéndose a que el desdichado cónyuge vistiera durante toda su vida del color consagrado a la Purísima. Hay quien ofrece, como el Cid, «no comer pan a manteles», con otras cosas que ordena omitir la pudibundez, y manadas de escritores parecen haber hecho voto de escribir «cantinela» por cantilena, que es como se dice en tierra de garbanzos, sin duda para que aconsonante con «Marinela». En esto de votos «il y a fagots et des fagots», como diría el Doctor Bartolo; pero lo esencial en ellos es que no sepa el santo qué hacer con ellos ni sirvan para ninguna cosa de provecho. Por eso a ningún penitente se le ocurre perdonar a sus arrendatarios el foro o el laudemio ni costear un laboratorio si sale de una enfermedad, sino ponerse un cinturón de esparto, cenar acelgas y comprar un bonito vestido de color determinado, con un cordón y un lindo escudo, con lo cual las bacterias no vuelven en su vida a meterse con los leucocitos.

De este linaje de cumplidores sacrificios debe ser el príncipe Hamado. Podía conquistar a su adorada, la trenzadora de batimanes, a fuerza de ingenio, de gallardía, de actividad, de generosidad o de cualquier otro género de merecimiento. Ha preferido enmu-

decer, confiado en que la ingrata acabará por decir: «Este príncipe que no canta, algo tiene en el corazón», y le ofrecerá sus labios bermejos y hará en su honor el más prodigioso de sus *flin flans*. No hablará aunque lo despellejen. Antes se decía: «Quien calla, otorga». En lo sucesivo se dirá que quien calla, pide.

Ignoramos el resultado que tendrá el sacrificio del joven ornado de diademas.

Desde luego sería deseable que en nuestra patria fuera imitado por no po-

cos de nuestros políticos, cuya charla lleva costados a la infeliz España tantos millones y tantos desastres. Tal vez, compadecida la patria de su voluntaria penitencia, acabaría por absolverlos, aunque, tratándose de parlamentarios, pudiera serles aplicada la profecía del viejo epigrama:

Nunca llegará el callar
a donde el hablar llegó.

ANTONIO ZOZAYA

(La Libertad, Madrid).

UN CASO CONMOVEDOR Y UNICO EN LA HISTORIA

El deseo de unión de los centroamericanos

SIEMPRE me ha conmovido y me ha parecido único en la Historia el deseo de los cinco Estados centroamericanos de formar una sola nacionalidad. Por más que apelo a mis escasos conocimientos, no recuerdo un caso semejante: ni el deseo por la reconstrucción de la nacionalidad italiana, ni el deseo por la reconstrucción de la unidad española; ni el anhelo que llevó a los pueblos que hoy componen la Suiza y la Grecia a confederarse... Si se me permite un adjetivo tomado de un arte plástico para expresar mi compleja admiración ante este cariño fraternal de cinco pequeños países que durante casi una centuria larga, anhelosamente han aspirado a unirse, diré que este noble sentimiento me parece

pintoresco y digno no sólo de conmover profundamente al patriota sino aún al artista. Hasta la percepción corporal de ver las pequeñas cinco manchitas en el corazón de la América cuando estudio un mapa mundi, y recordar su hasta hoy defraudado anhelo de unión, me conmueve.

Y como conozco algunas de las leyes que rigen al mundo de los espíritus y sé que son tan ineludibles como la de la atracción en el mundo de la materia, afirmo que no se necesita ser un profeta para vaticinar que fatal, ineludiblemente los cinco Estados centroamericanos tienen que terminar por unirse. ¿Por qué? Porque una de esas leyes espirituales a que me refiero, es la de que ningún largo y noble anhelo ha sido jamás defraudado. No; nunca.

Ahora ya es del dominio popular la siguiente gran ley espiritual: detrás de cada ser físico hay una idea arquetipo que lo informa. Así también, precediéndolo y generándolo, detrás de cada hecho concreto hay una fuerza espiritual de pensamiento y de aspiración. Es la voluntad humana la que continuamente forma la Historia. Y se podría decir a los pueblos lo que un poeta dijo ya a los individuos: Pueblos, tened miedo al desear, porque en la alquimia del deseo, que es una forma de la voluntad, surge a la superficie de lo real todo lo que subyació en las profundidades del espíritu. Sólo que la forma del poeta fué la siguiente:

«Alma, ten miedo de amar
porque en alquimia de amor
se llega a identificar
con lo amado el amador».

Otro poeta centroamericano, Joaquín Soto, dice lo mismo en los versos que a continuación se ponen:

«El poeta, la riqueza, la fama
lo que se desea o se ama
no falta a la cita jamás».



COMISARIO. — ¡Desde el año pasado te traen diariamente por ebriedad! ¿qué esperas?...

BORRACHÍN. — ¡Que me jubilen!...

Por GARCÍA CABRAL.

(Excelsior, México, D. F.)

Y si no, que lo diga la Historia Contemporánea. Ahí tenéis a Francia que al fin obtuvo su desquite, anhelado dolorosamente durante largos años.

Los más nobles, los más puros, los más altos, los más sabios hijos de Centro América, han anhelado siempre la Unión. La han anhelado largamente, como ya dije antes, durante casi una centuria. Las generaciones de patriotas se han hundido en la tumba con el dolor de que no se realizase el magno ideal, esperando que sus hijos, más dichosos que ellas, viesan surgir el hecho de entre sus sueños. *Y la Unión tendrá que hacerse fatalmente.*

Como se nutren las plantas vitales de los gloriosos hechos es en tierra de abnegación con *humus* de sacrificio, bajo lluvia de sangre y de lágrimas. Y los mártires y los héroes son los que siembran las generosas semillas. Mártires y héroes, sacrificio y abnegación no han faltado para la noble causa. ¿Por qué ésta, entonces, no es una realidad? ¿Por qué es que creímos que el reciente centenario no vería realizada la Unión?

Porque todavía no es bastante.

«Alimentad a los dioses para que ellos a su vez os alimenten a vosotros», dijo la antigüedad.

Los dioses sólo beben en la copa del sacrificio y únicamente cuando está tan henchida que ya desborda. Centroamericanos, todos arrojemos en ella lo mejor de nosotros, para que en realidad se hinche de sacrificio. Que cuando la colmen nuestros anhelos, los dioses beberán y nos concederán la Unión anhelada.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ.

(*El Imparcial*, Guatemala).

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

Mérida

Desde el balcón de mi cuarto del Gran Hotel, Mérida, 5 de setiembre de 1923.

Día siguiente de nuestro arribo. Me asomo al balcón de mi cuarto del *Gran Hotel*, sonoro prestigio meridense.

Bajo el cielo, que las nubes pugnan por manchar su azul, el viento hace girar las margaritas de los innumeros molinos en preguntas, a veces rápidas, locas, y a veces lánguidas, de los *sí* y de los *no* de las aspas metálicas que jamás desprende. Es ciudad sin colinas y sin ríos.

Los vehículos se cruzan como lanzaderas, y el ambiente se llena con el estrépito de las bocinas, los campanilleos y el casquear de los caballos.

La gente transita numerosamente. Las mujeres bellas, sanas, airoas; y las del pueblo, de blanco *hipil* bordado de rosas.

No pasan ni un hombre sucio, ni un borracho.

Las calles disimulan su estrechez con su límpido asfaltado, con la parca y bella arquitectura de sus edificios y con las verdeantes frondas de sus árboles que abadenizan la caricia lujurante del Sol a su amada *T-hó*.

Todo es limpio, alegre y blanco en la ciudad de Montejo: hombres y cosas. Y esta limpieza y alegría personal y urbana, no es más que vívido reflejo del alma yucateca, sana, con el placer de vivir vida intensa y fecunda, caldeada por un constante anhelo de conquistar más dicha, mayor libertad y más amplia justicia.

JUAN RAMÓN URIARTE

San Salvador.

A propósito de la tos ferina

...Pero ocurre que hoy está perfectamente demostrado que cuando los niños tienen su tos ferina diagnosticada, cuando tosen con su tos convulsiva, que hace huir a los que la escuchan, entonces la enfermedad es «absolutamente inofensiva». El único período contagioso de esta dolencia es el período primero, cuando el niño tose un poco todavía, con tos vulgar, que a nadie hace pensar en la coqueluche. Entonces, el enfermito irá al paseo común o a la escuela y contagiará a cuantos se acerquen a él. Luego, ya no hay peligro, y es inadmisibles, por consiguiente, el aislarle. Y téngase en cuenta que este concepto no es una de tantas ideas fugaces que pasan por

la Medicina, sino un concepto sólida y definitivamente adquirido y comprobado, hasta el punto de que en los países donde el rigor sanitario es una realidad, como Alemania, como los Estados escandinavos, se ha suprimido ya el aislamiento público de los niños con tos ferina y se les permite volver con su tos a la escuela.

La trasmisión de la enfermedad la hacen, pues, los enfermos, en el período indíagnosticado, antes de ser posible el aislamiento, y, probablemente también, según resulta de nuestras investigaciones, gracias a las personas adultas que rodean al niño, las cuales con gran frecuencia se contagian, pero sólo en forma de catarro vulgar y leve, sin tos espasmódica; y por ello no se consideran como ferinosos, y llevan y traen, de unos niños a otros, la infección.

La lucha contra el contagio de la tos ferina, lucha aún muy hipotética en sus resultados, se encamina hoy día en el sentido de hacer el diagnóstico precoz de la enfermedad en los niños que han estado en contacto con los notoriamente atacados, antes de que llamen la atención por el espasmo de la tos, y en los adultos que conviven con ellos y que padecen «catarras sin importancia». En los países donde hay una organización sanitaria perfecta y tiránica (si no es tiránica es inútil), se procura esto, mediante investigaciones domiciliarias y prohibiciones rigurosas de asistencia a las escuelas. Lo demás, el aislamiento de los niños que tosen, es inútil y ya nadie hace caso de ello.

G. MARAÑÓN.

(*El Sol*, Madrid).

EDICIONES del "Repertorio Americano"

<i>Un capítulo de Sismondi</i>	0.15	oro am.
<i>Orientación Ideológica</i> . Por Luis López de Mesa.....	0.15	» »
<i>Colegio de Cartago</i> . Por Ricardo Jiménez.....	0.15	» »
<i>Pasteur y Metchnikoff</i> . Por C. Picado T.....	0.40	» »
<i>El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad</i> . Por R. Brenes Mesén.....	0.15	» »
<i>Discursos</i> . Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo.....	0.15	» »
<i>Recogimiento</i> . Por Rogelio Sotela.....	0.30	» »
<i>La personalidad literaria de Ventura García Calderón</i> . Por Napoleón Pacheco.....	0.25	» »
José Ignacio Escobar: <i>Escritos</i> . Con prólogo del Dr. Diego Mendoza.....	0.15	» »
<i>Poetas Norteamericanos: Walt Whitman</i> . Por A. Torres Rioseco.....	0.40	» »
<i>Cesarismo Teocrático</i> . Por Cornelio Hispano.....	0.20	» »
<i>Para los gorriones</i> . Por Rubén Coto.....	0.40	» »
<i>La fuente sonora</i> . Por Ciana Valdés Roig.....	0.20	» »
<i>Ensayos sentimentales</i> . Por José M ^o Chacón y Calvo.....	0.40	» »
<i>El caballero que ha perdido su señora</i> . (Pequeña colección de artículos de costumbres cubanas), por E. Roig de Leuchsenring... ..	0.40	» »
<i>Páginas Escogidas</i> . Por A. Nin Frías.....	0.40	» »

Lo esencial

Lo esencial no está en ser poeta, ni artista, ni filósofo. Lo esencial es que cada uno tenga la dignidad de su trabajo, la alegría de su trabajo, la conciencia de su trabajo.

El orgullo de hacer las cosas bien, el entusiasmo de sentirse satisfecho, de querer lo suyo, es la sana recompensa de los fuertes, de los que tienen el corazón robusto y el espíritu límpido.

Dentro de los sagrados números de la naturaleza, ninguna labor bien hecha vale menos, ninguna vale más. Todos somos algo necesario y valioso en la marcha del mundo. El que construye la torre y el que construye la cabaña; el que teje los mantos imperiales y el que costura el traje humilde del obrero; el que fabrica la sandalia de sedas imponderables y el que teje la ruda suela que defiende en la heredad el pie del trabajador. Todos somos algo, todos estamos nivelados por esa fuerza reguladora que reparte los dones e impulsa las actividades.

Un grano de arena desquicia y sostiene una pirámide; un mendrugo salva y destruye una vida; una gota de agua marchita y hace reverdecir un laurel. Todos somos algo, representamos algo, hacemos vivir algo, asesinamos algo.

El que siembra el grano que sustenta nuestro cuerpo, vale tanto como el que siembra la semilla que nutre nuestro espíritu, como que en ambas labores va envuelto algo trascendental, noble y humano: dilatar la vida.

Tallar una estatua, pulir una joya, aprisionar un ritmo, animar un lienzo, son cosas admirables. Hacer fecunda la heredad estéril y poblarla de florestas y de manantiales, tener un hijo inteligente y bello, y luego pulirle y amarle, enseñarle a desnudarse el corazón y a vivir a tono con la armonía

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

del mundo, esas son cosas eternas.

Nadie se avergüence de su labor, nadie repudie su obra, si en ella ha puesto el afecto diligente y el entusiasmo fecundo. Nadie envidie a nadie, que ninguno podrá regalarle el don ajeno ni restarle el propio. La envidia es una carcoma de las maderas podridas, nunca de los árboles lozanos. Ensanche y eleve cada uno lo suyo, defiéndase y escúdense contra toda mala tentación, que si en la palabra religión, Dios nos da el pan nuestro de cada día, en la satisfacción del esfuerzo legítimo, nos brinda la actividad y el sosiego.

Lo triste, lo malo, lo dañino, es el enjuto de alma, el que lo niega todo, el incapaz de admirar y de querer. Lo nocivo es el necio, el inmodesto, el tonto, el que nunca ha hecho nada y lo censura todo; el que jamás ha sido amado y repudia el amor; pero el que trabaja, el que gana su pan y nutre su alegría, el justo, el noble, el bueno,

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

José M. del Hogar: <i>Las primeras espigas</i> (novela).....	€ 2.00
Maltrana: <i>Chiste Nuevo</i>	2.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
R. Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i> ..	1.00
F. García Calderón: <i>El Wilsonismo</i> ..	1.00
Alberto Carvajal: <i>Ritmos breves</i>	3.00
Emilia Bernal: <i>Alma errante</i>	3.00
A. Fogazzaro: <i>Daniel Cortis</i> (2 tomos)	2.00
M. D'Aziaglio: <i>Mis recuerdos</i> (3 tomos)	4.50
R. Dozy: <i>Historia de los musulmanes de España</i> (4 tomos)	6.00
Cervantes: <i>Novelas ejemplares</i> (4 tomos)	4.50
Emerson: <i>El poeta</i>	0.25
Arturo Borja: <i>La flauta de bñix</i>	2.00
R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i>	1.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
Daniel de la Vega: <i>Los Horizontes</i> (Poemas)	1.50
J. Muñoz Escámez: <i>H. Berliz: Su vida y sus obras</i>	2.00
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.)	4.00

para ese sacudirá el porvenir sus ramajes cuajados de flores y de rocío, ya tale montes o cincele poemas.

Nadie se sienta menos. Nadie maldiga a nadie. Nadie desdeñe a nadie. La cumbre espiritual del hombre ha sido el retorno al abrazo de las cosas humildes.

A. GUILLÉN ZELAYA

Honduras, 1922.

(Espiral, San Salvador).

Una feliz historieta

En la bella *Revista de Occidente* ha aparecido una historieta ingeniosa y humorística, que el gran Cocteau refirió al público en su última conferencia.

En plena China se produce una avería en el automóvil de unos viajeros y lo dan a componer a un obrero chino, que arregla el motor haciendo uno completamente nuevo. Los viajeros emprenden de nuevo su viaje; pero al poco rato de excursión, el automóvil vuelve a pararse, y cuando lo revisan se encuentran con que el chino ha imitado tan perfectamente el motor, que hasta ha repetido el agujero que fué causa de la «panne».

Es bonita la anécdota, pero es una falsificación. Esta historieta no es del tiempo de los automóviles, sino de la arcaica época azul, y antaño se contaba de otra manera.

Como yo la recuerdo haber oído contar de niño es de esta forma: «Un general pierde una de sus botas de montar en lo más intrincado de unas operaciones militares, y encarga a un paciente artífice chino que le haga otra completamente igual a la que le queda, y el artífice la hace tan perfectamente igual a la otra, que resultan las dos para el mismo pie».

Siguiendo la historia de esa falsificación de estas dos botas para el pie derecho del valiente general, se puede encontrar la causa de la asociación de ideas del automóvil y la vieja historia en ese episodio verídico de los que han atravesado el desierto de Sahara en automóvil, y que habiendo perdido en pleno desierto el refrigerador de su automóvil, los salvajes les construyen un ingenioso refrigerador sustitutivo hecho de cañas, por las que el agua pasa y refresca el motor, sino como un ventilador, como un «pay-pay» íntimo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(El Sol, Madrid).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.